

# Trashumantes

*con los pies enfermos de caminos*

*viajeros de un mundo en llamas*

---

Marina Klein



Marina Klein

Trashumantes

*con los pies enfermos de caminos*

*viajeros de un mundo en llamas*

Ediciones Frenéticos Danzantes

Facebook: Ediciones Frenéticos Danzantes

[www.edicionesfrenetico4.wixsite.com/freneticosdanzantes](http://www.edicionesfrenetico4.wixsite.com/freneticosdanzantes)

[edicionesfreneticosdanzantes@gmail.com](mailto:edicionesfreneticosdanzantes@gmail.com)

Arte de tapa: Marina Klein. Foto libre.

Imagen de contratapa: Egon Schiele

ISBN: 978-987-45850-4-2

Primera edición abril de 2018

Publicada por Ediciones Frenéticos Danzantes

Av. Scalabrini Ortiz 41 3° C (1414) CABA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Impreso en Ediciones Frenéticos Danzantes –Talleres propios –

Impreso en Argentina.



*“Me acobardó la soledad*

*Y el miedo enorme de morir lejos de ti”*

*J.M. Contursi*

Entonces salí a buscarte.



## I

Doy dos vueltas de llave a la puerta de mi departamento minúsculo.

Me despido de casi todo. Prescindo de la mayoría de los objetos que cohabitaron conmigo hasta hoy.

El termo y el mate me los llevo en la mochila marrón desgastada junto con algunas otras pocas cosas que quiero conservar. El resto, a la basura.

Bajo por la *Rua das Mangueiras*. Calle empedrada como casi todas las del pueblo donde pasé los últimos años.

Ya salió el sol y golpea duro.

Todo huele a comienzo del día. En las *padarias* y otros lugares chicos y llenos, la gente toma su café y se atiborran de frituras.

Dejé dos meses de alquiler pagos. Puedo volver o no. Puedo mandar a buscar mis cosas con algún amigo en caso de necesitarlas o de querer instalarme en alguna otra parte; o simplemente dar todo por perdido como tantas otras veces.

Camino en bajada sabiendo que posiblemente sea la última vez que miro esa *rua* y por ahí la última que piso el Nordeste brasileiro. No siento tristeza ni nada. Es, una vez más, esa sensación del mundo abriéndose frente a mis pies como un terremoto cuando la tierra de verdad se abre, se fractura.

Aquí estoy, empapando mis pulmones con ese último aroma matutino. Abriendo bien los ojos para grabar



en la retina el negro de los adoquines, las fachadas de las casas despintadas, las de las iglesias del mil seiscientos y del mil setecientos, las subidas y las bajadas de cada *rua*, y allá, al fondo, el mar con su olor a sal, a pescado, a pescadores y a arena húmeda.

Los sonidos. Los de lugar chico, pobre. Los albañiles, los vendedores ambulantes, los gritos de los puesteros del mercado, los gritos de los pescadores cuando divisan el cardumen. El tránsito caótico porque nadie respeta ni una señal, cada uno para donde se le da la gana, los camiones cargan y descargan en cualquier horario mientras que los encargados de subir y bajar la mercadería hacen chistes o conversan tranquilamente unos con otros y se van formando filas ruidosas, lentas y asfixiantemente calurosas.

Y así todo, lleno de contrastes. El mar con su turquesa intenso, los adoquines negrísimos, los pobres muy pobres, los ricos muy ricos. Y yo, que me miro las manos callosas, me rasco la barba de unos cuantos

días y decido que necesito verte ya y atravieso las calles, camino un poco por la playa, así, con zapatos y mochila, como estoy. Como para darle una mirada más al mar hasta volver a verlo y emprendo con paso lento la marcha hasta la *rodoviaria*.

Prendo un cigarro mientras espero el micro. Aspiro el humo. Pienso en dónde andarás y en qué lugar voy a encontrarte. Donde sea que estés voy a encontrarte y eso me tranquiliza porque sé que tenemos ese imán que nos atrae desde siempre –y posiblemente, espero, para siempre–.

Me miro las manos ajadas que sostienen el cigarro armado.

Cuando te fuiste te acompañé a esta misma *rodoviaria* y te vi subir al micro. Después me senté igual que ahora en el muro bajo que está a la izquierda y también fumé. Aquella vez tenía los ojos nublados de pena. Esta no. Esta vez estoy calmo. Me compro una Brahama y matizo cigarro con cerveza mientras miro

la nada y me acuerdo de vos con tu pollera de colores subiéndote al micro y diciéndome chau con la mano mientras me tirabas besos y te reías mientras llorabas. Como el viejo dicho que cuando llueve con sol se casa una vieja. Así sos vos, te reís y llorás, todo junto, todo al mismo tiempo, y tirás besos y me dejás para siempre, y que me querés y que nos vamos a querer eternamente, que vamos a ser amantes para toda la vida, pero ahora mejor no, en algún otro momento, que chau, que querés ir a ver el resto del mundo que no conocés, que tus pies te piden que te muevas y que te muevas sola... y todo eso que ya sabés.

Bueno, chau flaca. Te quiero siempre. Chau.

Ese día que fue hace mil vidas, volví al rancho que teníamos caminando casi por las mismas calles por las que caminé hoy pero en sentido inverso, hacia arriba por las curvas de morros mientras miraba el mar a lo lejos y me dolían hasta los huesos y a pesar que respiraba, el aire no podía pasar de tan hondo

que era el hueco que se me había formado en el pecho.

Vos te fuiste y yo me quedé. Eso era todo.

Durante un buen tiempo no podía entrar a lo que fue nuestro (casi) hogar sin hacer previamente un gran trabajo interno, casi siempre suavizado con alcohol o alguna droga amiga.

Al final dejé el rancho y me mudé a un hotelito de un amigo durante un tiempo y de ahí al departamento minúsculo que ocupé hasta esta mañana.

No sé por qué me quedé. Me podría haber ido, haber viajado como había viajado antes, primero solo, después con más gente, después con vos. No sé... Me parecía que en algún momento había que parar, tener libros, escribir historias, dibujar, extrañarte, pensar en vos, estar con otras mujeres, con otra gente, enamorarme a veces, volver a pensar en vos siempre como una sombra que nunca se aleja, trabajar de cual-

quier cosa para sobrevivir un poco, remendar redes, abrir pescado, hacer mezcla y pegar ladrillos, vender algo en verano para los turistas, ver como el sol se pone entre el morro y el mar durante el suficiente tiempo como para saber que ese era mi lugar también. No solo un lugar de paso, no solo un lugar más en el cual habité, sino un lugar que me pertenecía de algún modo. No sé por qué justo ahí, podría haber sido cualquier otra parte, pero fue ese. A lo mejor porque fue el último lugar donde te vi, es posible. A lo mejor porque estaba esperando que las fuerzas me volvieran al cuerpo para poder reanudar la marcha. A lo mejor solamente porque necesitaba un poco de vida cotidiana durante algunos años, sin viajes ni sorpresas diarias, sólo saber en dónde iba a apoyar la cabeza cada noche. Eso me agradaba.

## II

Al fin llega el micro. Mato la cerveza, apago el cigarrillo, me cargo la mochila y subo.

Pongo mi pequeño equipaje en la parte de arriba del asiento no sin antes agarrar el cuaderno y un lápiz. Recojo las piernas, me enrosco y recuesto la cabeza contra la ventanilla.

Son más de veinticuatro horas hasta São Paulo y de ahí no sé cuántas más hasta no sé dónde.

Voy. La *estrada* se abre ante mí como mil mujeres hambrientas y yo me entrego, lleno de placer y luj-

ria, a sus juegos perversos.

Retrato en mi cuaderno paisajes de niños en *chinelos* que corren por calles de tierra roja, ocre, negra, marrón, con ropas gastadas. Dibujo los bananos que hay en todas las casas de esos pequeños caseríos donde corren los niños y que atraviesan de norte a sur este Brasil enorme como un continente enloquecido.

Cambia el color de la tierra, cambia un poco el tipo de construcción, pero no mucho más, siempre bananos, *mamones*, y alguna que otra cosa... Flores de todos los colores imaginables, morros, orquídeas, mucha tierra, mucho sol, muchos verdes, muy exuberante todo lo que pasa ante la vista. La naturaleza en Brasil se zarpa, no puede más.

Claro que también pasmos ciudades con suburbios extendidos y *urubus* enormes parados en postes o arriba de montañas de *lixo* y *favelas* gigantes y miradas de gente que mira el micro.

Es así, es nuestra América y es así. Una tierra que ex-

plota por todos lados de belleza y un puñado de canallas dispuestos a hacer todo mierda para engordar su propio y morboso deseo insaciable de billete y poder. Y un montón de otros que lo soportan, que resisten a duras y a muchas penas, que aguantan, que lo cargan día a día sobre sus lomos. Lomos que espero que algún día se levanten y se sacudan, que ya no aguanten más, y que la resistencia se convierta en bravía victoria.

Nuestra América hermosa con la herida de todos sus contrastes desiguales. Somos parte de su fluir sanguíneo, del latido abierto de sus venas.

Me quedo dormido con la cabeza apoyada en la ventanilla.

El chofer grita un nombre inentendible y paramos un rato al costado de la ruta a comprar comida en un lugar cruza de almacén con bar/restaurante y sucu-



cho para acomodar borrachos de la zona.

Bajo. Compró una horma de queso ahumado, pan, paltas y unas bananas. Me siento en un escaloncito que encuentro por ahí y comienzo con mi banquete personal mientras los demás ocupan mesas y piden *prato feito* o alguna otra cosa y todos cenamos y el cielo termina de ponerse negro en algún paraje desconocido entre el Nordeste y São Paulo, al costado de la carretera, entre los aromas y ruidos primeros de la noche.

Respiro hondo. Me hace feliz a más no poder estar en ese exacto lugar en ese momento. El aire me hincha el pecho, explota de belleza.

Sale un chico del bar con mochila al hombro, le dice algo al conductor, guarda la mochila en el portaequipaje y se sube al micro.

Cuando todos terminamos también subimos. El chico se había sentado al lado de mi asiento así que le pido

permiso y paso a retomar mi lugar/guarida al lado de la ventana.

Zarpamos. El ruido del motor y el paisaje nocturno por la ventanilla me mantienen en éxtasis.

Vuelvo a sacar el cuaderno y me pongo a escribir y a garabatear paisajes y rostros.

Veo que mi vecino de asiento se queda mirando lo que hago sin disimulo. Es casi un niño, no más de veinte o veintiún años. El pelo negro con rulos amplios y alborotados.

Le pregunto si él también dibuja. Me dice que sí, que de hecho está yéndose de ahí a estudiar en una escuela de arte en Curitiba donde fue recientemente admitido.

Me pregunta si quiero ver alguno de sus dibujos. Le digo que sí. Baja su morral de mano y me muestra un cuaderno casi como el mío en tamaño y forma.

Me gustan mucho. Sólo hay figuras humanas y ros-

tros. Figuras extremadamente sensuales con colores brillantes y otras con tonos más suaves, todo hecho en lápiz. Lo miro otra vez al chico, es francamente hermoso. Tiene unos ojos muy negros que brillan y me miran.

Me acaricio la barba y contemplo todas las páginas del cuaderno, quedo realmente asombrado por el arte y por el sujeto creador de aquello.

Es raro encontrar artistas así en parajes casi inhóspitos donde la mayoría de la gente sólo tiene tiempo para preocuparse por la subsistencia. Descubro una vez más lo poco que sé del mundo y lo amplio de mis prejuicios.

Le devuelvo el cuaderno y lo guarda. Yo también guardo el mío e iniciamos una buena conversación sobre música hasta quedarnos dormidos con Zé Ramalho en su teléfono.

A eso de las diez de la mañana tocamos suelo paulis-

tano y la *rodoviaria* nos recibe desquiciada como siempre.

Mi plan era seguir para el sur pero estaba cansado de tanto viaje así que pensé pasar un día o dos en la ciudad.

- Chau compañero de viaje, nos vemos en algún otro momento – me despido del dibujante.

- Yo estoy yendo ahora para Curitiba donde ya tengo un cuarto alquilado, si querés podés quedarte ahí un par de noches hasta retomar fuerzas y seguir.

Son un poco más de cinco horas de viaje pero me dan ganas de seguir cerca del nuevo personaje que acabo de conocer así que después de meditar algunos segundos acepto la oferta.

- João – se presenta.

- Matías – digo yo.

Compramos los pasajes de un ómnibus que salía en una hora y media así que fuimos a tomarnos un café

y a comer alguna cosa por ahí, en esa marea humana que es la *rodoviaria* de São Paulo. Gigante, estruendosa, ecléctica, caótica.

El viaje a Curitiba es otro mundo. El sur de Brasil es un país distinto al Nordeste. Los verdes son muy intensos y la tierra es muy roja o negra, extremadamente brillante, pero todo es más fresco, el calor no sofoca, hay brisa, lluvia fría y neblina en los lugares más altos.

El micro zigzaguea entre morros.

### III

Curitiba es una ciudad que presume de su europeísmo pero es un buen lugar para caminar por ahí.

El cuarto de João es casi un departamentito en la parte superior de una casa de familia. Tiene entrada independiente por una escalera, una micro cocinita y un baño diminuto. Además, entre la escalera y la puerta de entrada, hay una terracita pequeña pero que permite sentarse a mirar la vida pasar.

Dejo mi mochila en un rincón y miro el lugar. Ya tenía platos, mesa, cama, todo como para un estudiante

que llega y no tiene tiempo de andar pensando en amoblar ni en comprar nada.

No es tiempo de comienzo de año pero João me explica que fue unos meses antes para aclimatarse, conocer la ciudad, trabajar un poco y alejarse de su casa.

Le pido permiso para darme una ducha. El *Iluveiro* es de los que salen con presión y se siente muy reconfortante después de tanto tiempo viajando, un agua tibia que limpia y acaricia.

Salgo del baño y me siento en la cama sin remera. Empieza a caer la tarde.

João se sienta al lado mío y me besa. Un beso largo y hondo.

Tiene la piel más brillante que haya visto y una sensualidad tan natural que es imposible no querer enredarse y perderse en ese cuerpo tiempos indefinidos.

Salimos a comprar pizza y cerveza y nos sentamos en la pequeña terracita a comer.

Ya es noche cerrada hace rato, sacamos los cuadernos y dibujamos mucho. Yo también escribo un poco.

Casi de madrugada nos acostamos y nos dormimos medio abrazados. Su olor me es muy balsámico.

Unos días después nos despedimos con besos muy húmedos y hermosos, y nos regalamos algunos de los dibujos que hicimos en ese tiempo que compartimos. Yo vuelvo a la *rodoviaria* y compro un pasaje para Florianópolis.

Mientras me siento del lado de la ventanilla pienso en cómo es cierto que el contacto con seres afines, vibrantes, vitales y hermosos, nos revitaliza.

El viaje es calmo y duermo casi todas las seis horas con una felicidad muy infantil que me embriaga totalmente.



Me despierto en la BR 101 pasando la entrada a Porto Belo. A mi izquierda está el mar con sus cultivos de ostras y ya no me duermo. Unos cuarenta y cinco minutos más o menos y estaremos entrando a la isla.

El puente Hercílio Luz se ve a lo lejos, los morros delinean la superficie avistada desde el continente. Casi estoy ahí.

*Rodoviaria* Rita María. Salgo a la calle y enfilo para el Sur.

Terminal de micros urbana, una terminal más y transbordo. Bajo del segundo *onibus* y camino un kilómetro y medio por una *rua* sin asfaltar después de días de evidente lluvia. Ahora hay un sol amarillo y gordo pero que todavía no trasmuta el lodo en tierra.

Después de todo eso llego a mi destino de ese día.

Costa de Cima, *Sul da Ilha*.

Son como las tres de la tarde y todo está quieto. Subo el morro. Cuando llego golpeo las palmas, el perro

viejo sale a ladrarme. Le acaricio la cabeza y se calma. Me huele la mano y me deja pasar. No hay nadie. Entro al jardín y espero sentado en el escalón de la casa mientras armo un cigarro, fumo y juego con el perro.

Desde el escalón se puede ver el mar. Toda la playa de Pântano do Sul, Açores y Costa de Dentro. Una panorámica alucinante. El día está fresco y agradable, es primavera. El *mato* está húmedo y el olor embriaga.

Me lavo un poco en la canilla del patio y me tiro al sol. Duermo.

Ahí los escucho subir. Voces de niños hablando en portugués mezcladas con voces de adultos hablando en castellano uruguayo.

Cuando llegan me levanto y saludo. Todos vienen a abrazarme. Después entramos en la casa.

El Pato y Moni con sus hijos Gael y Selva. Hace poco pasaron un verano en mi casa, nos amontonamos pa-

ra entrar como pudimos. Los padres vendían en la feria de artesanos y los niños correteaban todo el día por la playa. Al anochecer volvían, hacíamos cenas espectaculares y nos quedábamos hasta muy tarde conversando o tocando música mientras los niños se acurrucaban en algún colchón y se dormían felices y satisfechos.

Ahora estoy yo en su hogar y todos se esfuerzan por ser hospitalarios y hermosos.

Pizzas caseras con abundante queso, tomate y rúcula, vino tinto argentino que tenían encanutado para alguna ocasión especial. Música de instrumentos desconocidos que sale de un parlantito chino.

Un banquete como hacía tiempo no degustaba, con personas amables y tiernas como casi no existen.

Buenos instantes de calma antes de cualquier huracán.

Después de cenar salgo a dar una vuelta por el jardín, a fumar un porro con tabaco y a pensar. El Pato sale atrás mío y nos sentamos sobre unas piedras mirando el cielo explotar de estrellas y sintiendo las damas de la noche endulzando cada partícula diminuta de aire.

- ¿Sabés algo de Azul? -le pregunto mientras me saco algunas hebras de tabaco que se me enredaron en la lengua.

- Sé que se fue. Creo que andaba por Argentina la última vez que alguien la vio. Como por Mendoza parece.

Como me quedo colgado mirando la nada con angustia en la respiración pesada, el Pato entiende y no dice nada. Me da una palmada en el hombro y vuelve a entrar a la casa.

Me quedo algunos días con ellos, más que nada porque me gusta disfrutar de una cotidianeidad que me es ajena, que nunca tendré. Familia, hogar, rutina,

escuela... Nada de eso me es propio ni me será propio nunca.

Cuando llegan de la escuela Selva se me sienta al lado y me pregunta cosas sobre mis dibujos y mis libros. Yo le cuento historias, cuentos, y al rato viene también a sentarse Gael y después se suma Moni y al final viene también el Pato y estamos ahí los cinco con alguno de los gatos a upa y el perro viejo tirado por ahí. Yo contando historias de Dostoievski adaptadas para niños de diez y doce años y todos escuchando como si fuera un juglar salido de algún relato medieval. Tan atentos que no se escucha un suspiro.

Desde mi cama veo la noche oscura como la obsidiana. Veo millones de estrellas y escucho el mar. Sé que estás en alguna parte y me urge verte. Nada, que hablemos un rato y nos hagamos unos mimos. Eso no más. Que me cuentes tus cosas, contarte lo de João que me quedé con ganas de contárselo a alguien y no

sé a quién sino a vos.

## IV

Una noche más después de un día de baños marinos, de deambular por la playa y caminar por ahí.

Estoy afuera, sentado solo sobre una piedra. Miro hacia la casa. La pared hecha de líneas irregulares de cemento y botellas ámbar, azules y verdes, deja traslucir la luz de adentro. Una luz cálida. Luz de casa donde vive una familia. Una casa con sillones, camas, cubiertos, platos, tupperes para guardar comida en la heladera, mochilas para la escuela, algunas alfombritas, algunos cuadros en las paredes de madera. Un

hogar como los que nunca voy a habitar, a los que nunca voy a pertenecer.

No sólo la vida burguesa que desprecia – no sin algún oscuro deseo – el Harry Haller de mis catorce años, no. Acá no hay ningún burgués, son una pareja de artesanos en un ranchito en el morro con unos hijos medio salvajes y hermosos. Igual, mismo así, estoy afuera de eso también.

No sé por qué pero no encajo en ningún lugar. No soy parte de nada. Un poco parte de vos, tal vez. Tal vez eso sí. Quiero pensar que sí.

Me quedo un rato mirando el cielo y aromatizando mi mente con las dama de la noche. Respiro hondo, me impregno. Miro el mar con las luces de fondo de los barcos pesqueros. Escucho el sonido de las olas rompiendo contra la arena. Eso es todo. A esa hora no pasan casi autos ni hay colectivos. La gente ya está en sus casas o en los pocos aguantaderos de borrachos que hay por la zona, y la noche se apodera de todo.



Algunas lechuzas atraviesan el cielo, varios murciélagos también. Hay bichitos de todo tipo pero sus sonidos son calmos.

El mar ruge de fondo, como siempre.

Mi soledad en la noche oscura. Mis huesos atornillados, unos sobre otros, mi piel flaca que cubre todo y que es la membrana que limita el ser con el mundo, el punto exacto de contacto de finitud de uno con lo circundante. Ese órgano elástico y sensitivo que es lo que permite ser individuo y al mismo tiempo conectar con resto de las cosas que existen.

Piel. El límite exacto entre el yo y el otro, el punto de contacto perfecto.

## V

Sale un sol entre nubarrones cargados de agua. Parto otra vez. Compro un pasaje interno hasta el *Chui*.

Cruzo la calle caminando y ya estoy en casa. Hago un dedo y una camioneta Toyota con dos perrazos negros me lleva hasta un pedazo de bosque oceánico entre Santa Teresa y Aguas Dulces.

Me interno en el verde tupido, camino un rato, palmeo fuerte y nada, silencio. La gente que esperaba encontrar no está, salieron de viaje y no se sabe nada de ellos. Igual entro a la casa con el truco que me en-

señó su habitual morador y me quedo a pasar la noche ahí.

Prendo un fueguito afuera, en la arena, y me preparo un pan con queso y aceite de oliva. Tengo una botella de vino que llevé para tomar con ellos pero bueno, morirá en soledad en mi estómago sediento.

Pinos, acacias y eucaliptus, estrellas que casi no se logran ver entre tantas ramas. El sonido del mar sigue siendo la banda sonora de todo este derrotero.

Me miro las manos una vez más mientras armo un cigarro. No sé por qué siempre me miro las manos y pienso en mi ser. Es como que viviera dentro de mi cuerpo sin conciencia de ello; sólo cuando me miro las manos es que me reconozco como hombre, sujeto, como una entidad llena de historias y de sucesos, parte de este mundo, carne, tierra, dolor, huesos, finitud y decadencia.

Tomo el vino directo de la botella y fumo. Empiezo a

escribir algo, ahí en la penumbra. Te delinee con el lápiz mientras escribo. Pienso otra vez en vos, Azul. “María, la más mía, la lejana. Si volviera otra mañana por las calles del adiós...” tango que me viene de vez en cuando, cuando caigo en este estado.

Nada que sos mía, no sos ni del viento. Pero sí sos la que me guarda en un hueco de sí y me acuna el alma para que no se rompa y te extraño.

Te extraño aunque no siempre somos buenos ni dulces ni hermosos. A veces somos más bichos erráticos que amantes amorosos o amigos complacientes. A veces tenemos más violencia que dulzura – muchas veces -. A veces nos lastimamos. A veces el amor duele, duele mucho.

No sé cómo es el amor que tanto predicán “si es amor no duele”. A mí siempre me dolió. Me duele. Cada vez que cedo al amor termino hecho mierda. Me consta que vos también.

No sé. Es así. No sabemos hacerlo de otra manera. Somos todos los fuegos, todas las furias, todos los remolinos.

Saco de la mochila el cuaderno tuyo que cargo. Lo dejaste tirado en un costado del rancho cuando te fuiste:

“A vos, que espero que te sientas como ahogado entre estas líneas, que remes sin descanso hacia la orilla deseada, y que no la alcances jamás”.

Ahora lo llevo conmigo. Leo algunos párrafos mientras ajetreo las hojas y muevo las ramas del fuego. Mientras como, mientras bebo, mientras miro el cielo. Mientras pienso cómo carajo alguien deja su cuaderno por ahí tirado y rezo para que la maldición

que le lanzaste a ese sujeto no se haya cumplido y espero, no sin cierta duda, que no haya sido para mí.

Reúne un conjunto de textos sin terminar o que esperan corrección y algunas anotaciones. A veces también parece un diario. No sé de qué época será pero me parece que es anterior a conocerte, o por lo menos de algún momento que no andábamos juntos porque son cosas que nunca te vi escribir, que nunca me leíste.

Las hojas están medio amarillentas y no conservadas en las mejor de las higienes.

Me agrada porque cuando leo algunas de las cosas dialogo con una parte de vos que no me es tan familiar, algo de vos que quedó en un pasado en el que yo no era parte de tu mundo. Y tu mundo me parece un lugar tan vasto que me entusiasma poderlo transitar aunque sea a hurtadillas y medio de canuto entre tus letras desprolijas y llenas de sentido.

“El gobierno sabe que no sólo deja fantasma a los pueblos, sino también a nosotros. Fantasmas de vagones vacíos, de ventanillas sin caras; de todas las historias que se quedaron sin contar, abortadas en el aliento del muerto, que quedó paralizado, el día que sacaron los trenes”.

Párrafo sin conexión con nada. Está así, ocupa un pedacito de carilla, nada más.

... “la vida puede más que la esperanza” H. Expósito.

“Tenía el corazón destrozado, los ojos de cielos nublados, las manos temblando vacías.

Diría que la extraño, que la extraño demasiado, que este cuerpo huesudo y tambaleante no pudo ni quiso atraparla. Mucho la he herido, que si ella habría de matarme, yo la aplaudo.

Dejar caer los párpados sobre estos ojos huecos, buscarla en mi recuerdo y que no esté, que su indesci-

frable blancura escape a mis colores.

No es que la quise tanto, es que me era importante.

Hoy la lloro como al frío, como al olor a guiso que escapa a mis narices en los restaurantes del centro.

No la sufro por no ser su único hombre, ni porque haya dejado en mis manos sus pechos, ni por las provincias en las que estuvimos choreando y trampeando. No rescato del recuerdo de Sofia ninguna de sus historias. Seguí con ella por la dulzura de sus tristezas y porque nunca fue necesario inventarnos felicidades. Llorábamos con la cotidiana pesadez de las lágrimas.

Éramos solos. Yo era solo y ella era sola. Fuimos la sombra inraicionable de la soledad del otro.

No es que la recuerde, está embutida en mi piel. Aunque ella se haya ido esa noche a las cuatro, y cuando cerró la puerta y me besó supe que era su último beso, y ella también; por eso sonrió sombría, me apretó



fuerte las mejillas y me regaló su última esperanza. Y yo me quedé parado, detrás de su minifalda, viendo la noche tragando su cuerpo”.

Tan tanguera vos, tan arltiana, tan linda.

Sigue dejando un espacio enorme en blanco en el papel.

*“Un tiempo después, en las calles de algún lugar, el cuerpo rígido de Sofía fue encontrado ya sin pulso.*

*Trisol no se enteró nunca pero después de ese día supo que el dolor ya no tendría remedio. Que podía buscar y esperar millones de años bajo el cielo sucio de la tarde y que jamás vendría un minuto de paz para su alma. Ya no era la pesadez sabrosa de la espera, ahora lo azotaba el frío de nadie respondiendo a su sordo llamado; condenado para siempre a este universo.*

Sabíamos que el destino era siempre el mismo, dejarse sangrar de a pedazos en una inmensa ciudad con la piel haciéndose esquirilas, hundidos en el asfalto. Sabiendo que moriríamos del dolor agudo de la desesperanza, que nada bello y brillante nos sucedería jamás, que el ser roja carne era el precio de la desdicha. Que se nos astillaría el corazón en miles de vidrios tajantes.

Pero no pudimos ser otra cosa que jugos calientes que corren entre las piernas al amanecer, que sudor mal oliente en las sábanas de pensiones destrozadas”.

Otra vez el papel blanco.

*“Entonces era de noche y Trisol, tapado con cartones a la intemperie, se vio abrazándola, deshilachando su carne, y recién ahí pudo ver el sinfín de derrotas de que estaba formada.*

*La claridad ya no dejaba huellas en la terrible inmensidad de lo oscuro. Se oía a lo lejos el resonante eco de los vagones que, perdidos en una inmensa obscuridad de nada, reanudaban su sorda marcha.*

*Ya no existían estrellas iluminando siquiera un mítico escape. Gracias que estaba la luna, por el aullido constante de los lobos y el visceral terror de los corderos.*

*Ahí estaba él, bajo un cielo infinito, hecho pedazos de historias.*

*Rugió, desde el fondo último de las tinieblas, desde el licuado ennegrecido de las sombras, un viento helado que le tajó los huesos.*

*Entonces, la vieja redondez lunar, que se desplegaba del sin final llanto de la noche, le hincó la blancuzca baba de sus rayos en el pecho destrozándole una a una las costillas. Y ahí, en la más honda de las tragedias, en la peor de las desnudeces, fue atrapado por el*

*sordo zumbido de la nada, chupado por el hueco del dolor eterno.*

*Así como tantas veces se muere de pena, tantas veces se renace. Se renace más puro, con las manos más blancas.*

*Trisol dejó su cama de cartones en la estación abandonada junto a su propia desintegración de ese día y corrió a alcanzar el tren que volvía a pasar. Se subió en una nueva noche con un distinto frío.*

*Y así siguió andando, hasta que este relato dejó de contenerlo”.*

Retazos de vos, un patchwork de lo que habrá sido tu alma oscura en algún momento de la vida. Ahora te imagino más escribiendo algo como:

“Bailemos y que ardan los caminos convertidos en tablados”. Pero no sé, puede ser pura especulación y a

lo mejor seguís escribiendo así y sigas tan triste como entonces. No sé...

Busco otro texto, uno que recuerdo porque habla de un lugar cercano al que estoy sentado en este mismo momento.

“Como si hubiera olor más rico que el de los tilos en flor a la entrada de La Esmeralda. Como si la marcela que crecía a los costados de la calle principal, entre otros tantos yuyos y abrojos, pudiera crecer en otro lado de forma tan bella y triste.

Como si todas las tardes de tierra húmeda y arena, en esa parte pequeña del mundo en el Este del departamento de Rocha, fueran, no un lugar físico sino un espacio anímico, en el cual uno puede refugiarse y esconderse para siempre.

Así, la gente que por ahí anduvo, que allí habitó los inviernos duros y helados, entre los bosques de pino y

eucaliptus, no murieron ni desaparecieron, ni por la edad ni por la ausencia ni por los incendios, sino que quedaron ahí, en el mismo sitio donde los contemplé por última vez antes de seguir mi periplo desordenado.

El chirrido de grillos y chicharras, y las luciérnagas en los atardeceres de verano, y ese aire fresco del mar... Todo, todo lo necesario para que cada rincón de este planeta sea caminable, devorable, ameno, profundo, dulce... y por supuesto, fugaz.

¿Por qué? Porque nada dura nada. Porque las vidas se suman apiladamente sobre mi vida como si yo fuera capaz de vivirlas a todas y cada una de ellas de manera real, compulsiva y hasta eterna. Como si yo fuera algo más que alguien que huye para siempre por caminos húmedos y de olores nobles.

Como si realmente, de verdad, de manera seria, pudiera ahuecar el tiempo y el espacio y hacer y ser lo que se me da la gana. Todas las posibilidades de mi

misma y de todas las que no soy y podría ser o no.

Cierro los ojos y estoy ahí, caminando por primera vez por ese camino, pasando la casa de Don Sena que es la que tiene los tilos que están en flor. Campo, yuyos, algún que otro bicho, vacas, caballos, perros, casas desperdigadas cada tanto. El mar al fondo. El atlántico mío que tantas veces me albergó a sus orillas en tantas costas.

A mí que la playa no es lo que más me gusta en el mundo, resulta que el atlántico me regaló su hermoso horizonte durante años y su olor a sal y a viento frío.

Yo, que nunca pienso en mí como unidad mínima porque cuando pienso digo “nosotros” –en mi dialogo interno que nunca jamás se calla–, recuerdo esa tarde/noche con la mochila en la espalda y la calle desierta y como único ruido el chirriar de los bichos, como el comienzo de un viaje iniciático que me llevó

lejos y cerca –sí, las dos cosas al mismo tiempo– y que todavía no ha terminado.

Hoy murió mi vecino. La puta muerte devorando la puta vida. La ciudad, los edificios, los departamentos, los vecinos. No se parece en nada ni a La Esmeralda ni a ningún otro lugar donde haya vivido pero en algo es todo igual y todo lo mismo. Hay gente, gente condenada a la finitud del ser, a la vida como suspiro en un universo ajeno y gigante. A helados despertares en soledades muy solas y muy tristes. Las soledades de los que se quedan, de los que deciden dar la batalla de estar vivos. También los que no pueden darla, los que se les consumieron las fuerzas

Ahora me viene a la cabeza una historia del 2002. Toda historia tiene fecha, encuadre social y político. Inicios del 2002, Uruguay, Castillos. No Buenos Aires, no enfrentamientos con la policía, no que se vayan todos. No, nada de eso. Castillos, Uruguay. Un peón



de campo que hace changas, que ayuda en algunas construcciones pegando ladrillos y haciendo mezcla. Peón de campo, padre, trabajador, pobre, claro. 2002. El hombre no aguantó el hambre ni la vergüenza y se ahorcó solito con una sogá de la viga una obra. ‘...los que no pueden más se van...’”

Guardo otra vez el cuaderno en la mochila. No sé por qué cargo esto más que para poder leerlo por milésima vez. Creo que creí que lo guardé para ser lo primero que te dé. Después de un abrazo apretado y un beso en la frente, un – Tomá, mirá lo que te traje, colgada. Te lo habías dejado tirado en un rincón en el medio de tu inabordable quilombo.

Pero la verdad es que lo releía cada tanto, cada vez que podía. No podía siempre porque a veces demoraba un tanto en recuperarme, me causaba un dolor profundo. Pero al tiempo caía otra vez.

Lo traje conmigo para que me haga compañía, ésa era la verdad. Un cacho de alma tuya que se había quedado conmigo y que yo valoraba como a más de mil diamantes.

Me meto en el rancho y elijo el lugar que más me gusta para pasar la noche, el entrepiso con ventanita que da para el lado de la playa. El colchón está sobre las tablas del piso y se ve perfectamente el cielo y algunas ramas de los árboles agitadas por el viento. Se escucha el ruido del viento también paseando por el bosque. Ese viento que también se cuela entre los costaneros que componen la pared y deja llegar el olor a sal del mar que ruge a lo lejos.

Me enrosco en la bolsa de dormir y no recuerdo más.

Cantan los gallos de los vecinos y amanezco con el sol en la cara.

Acomodo todo, me doy un baño, escribo una nota que

dejo sobre la mesa debajo de una segunda botella de vino que había traído, saludando y agradeciendo la hospitalidad, cierro la puerta con el truquito, y me voy.

Un Rutas del Sol me lleva hasta Valizas. Quería pasar por ahí a saludar a una gente y seguir ese mismo día hasta Montevideo. Pero claro, eso nunca funciona.

Ni bien subo al ómnibus veo dos flacas, obviamente viajeras, a las que saludo más por costumbre que por otra cosa. Me devuelven el saludo y me arrimo.

Venían también de Brasil, de Guarda, y estaban volviendo a Argentina. También van a Valizas a ver a alguien que yo no conozco, antes de seguir su marcha.

Y así seguimos, contándonos cosas los kilómetros que había entre un lugar y otro, nos bajamos en la terminal y arrancamos a caminar juntos. Al final termino acompañándolas hasta donde se van a quedar y les

cebo unos mates mientras arman la carpa y conversamos con sus amigos.

Me despido hasta dentro de un rato y voy a ver a mi gente. Tampoco están, se fueron a Guatemala. Bueno. A todo el mundo se le da por viajar cuando yo vengo. Cuestión que vuelvo con las chicas, Laurita y Cintia. Pienso en armar mi carpa al lado de la de ellas pero que no, que no hace falta, que dormís acá con nosotras.

Bueno. Así fue.

Bebimos en abundancia y fumamos bastante también. La gente de la casa se acostó temprano y nosotros seguimos no sé cuántas horas pero más o menos para siempre, con la noche eterna y nuestra. Terminamos los tres desnudos y enredados desdibujándonos los contornos, con las pieles frescas y hermosas, vibrantes.

Despunta la mañana y con la resaca correspondiente

arrancamos los tres. Yo decido que voy a pasar el fin de semana en Piriápolis para tratar de levantar algún dinero con los primeros turistas de la primavera y ellas siguen hasta Montevideo. Nos despedimos en Pan de Azúcar cuando me bajo del micro. Las beso a las dos, ellas también me besan. Muy bello.

Hago un dedo. Me levanta un autito verde con una señora de pelo blanco muy risueña.

Llego a Piriápolis antes del mediodía con toda la tarde del viernes por delante para preparar algunos dibujos para vender el sábado y completarlos con los que ya traía en mi cuaderno. Instalo mi carpa en un lugar medio de canuto y me pongo a dibujar. Me siento tan bien, tan vital, y al mismo tiempo con esa tristeza siempre presente como un fantasma, la tristeza del vacío, de lo inabarcable, de todas las trunquedades de la vida. Pero el vitalismo me rebalsaba, explota como la lava de mil volcanes e inunda todo. Así que hago un montón de dibujos de todos los tamaños posibles

en mi block de viaje. Los recorto, les invento un marco, les escribo poemas del otro lado y bajo del cerrito a comer.

Camino un poco por la ciudad medio desierta a la hora que el sol se pone en el mar y todo el mundo es rosa, naranja, incendiado, lila, fugaz, efímero, intenso, agua, fuego, masa de agua danzando ante el astro rey, colores. El mundo es colores.

Amo los atardeceres de Piriópolis. Estalla.

## VI

Tener un corazón no es para cualquiera.

Me despertó esa idea la mañana del sábado mientras empezaban a cantar los pájaros en los árboles.

No sé qué habré estado soñando pero esa afirmación pequeña y tal vez obvia, me taladra la cabeza.

Nosotros tenemos un corazón. Demasiado rojo, demasiado intenso, demasiado furioso, demasiado roto.

Un corazón cargado por un cuerpo sensorial, hedónico. El precio de nuestro hedonismo descontrolado es ése. Es no poder más. Es deshilacharse de a pedazos

porque en el declive del placer está el dolor y eso es irrefutable, es así, no hay escapatoria.

La tensión erótica – en el amplio sentido del eros – sube, sube, sube y de pronto, estalla. Ahí nos damos de frente con el espejo y nos miramos, en el vértice donde todo se funde. Ahí nos asomamos a la verdad del ser y el secreto del universo, que no hay nada. Atrás de todas las máscaras no hay nada, sólo silencio.

Caliento agua en un fueguito chiquito, preparo el mate y me siento en el pasto. Desde arriba del cerrito donde estoy puedo ver el mar y la rambla. El aire huele a fresco y a salvaje.

Pienso que cuando llegue a Montevideo me voy a tomar unos días para montar una exposición chica con los dibujos del viaje. Una semana en algún bar estaría bien. Cuando baje voy a mandar algunos mensajes y



a arreglar eso... Sí, definitivamente, estaría bueno un poco de roce urbano, arte, buenas conversaciones con seres de ciudad... Sí, estaría bien...

Bajo después de un rato. Ya hay gente en la playa y caminando por la rambla. Me siento en uno de los bancos y pienso en la estrategia de venta. Lo mejor va a ser recorrer la playa e ir ofreciendo los trabajos porque no hay mucha gente y están más bien dispersos. Son fundamentalmente jubilados y matrimonios jóvenes con niños pequeños, el típico público de esta época del año.

Voy hasta la Avenida Artigas, bajo a la playa y desde ahí enfilo a caminar tratando de abarcar todo lo que pueda.

Me acerco, me presento, muestro los dibujos en la carpeta y algunas tarjetas en una cajita, cada una envuelta en papel celofán, para que la gente las revise.

A las señoras les encanta todo lo que hago así que no me resulta difícil juntar unos pesos. Sé que lo que más valoran del asunto no es mi arte sino todo el imaginario con el hippie viajero de pelo largo y de sonrisa encantadora (ja, si supieran!). Pero bueno, cada uno ejerce su oficio como puede. El mío va por ahí.

*No hay espacio para tanto torbellino dentro de mi ser corpóreo. Una vitalidad atronadora me sacude en espasmos. Todo brilla y gira rapidísimo. Yo cabalgo por el continente como un jinete enardecido. No hay diferencia para mí entre el mapa y el territorio, voy como un gigante devorando espacios, tiempo, personas, personajes, contornos, formas, aromas, conversaciones, sexo, todos los excesos juntos, la total falta de límite, la total entrega al ir, al vivir, al desenfreno. Un constante round entre la realidad opaca del mundo opaco de opacos individuos y la brillantez de los de*

*mi calaña, la de los hedonistas, bebedores del todo, la de los sobrevivientes, que son los que degustan la vida con tragos tan largos y saboreándola de tal manera que sería imposible transmitir la experiencia a quienes no la han probado. Un néctar tan dulce, tan intenso, tan profundo, tan venenoso.*

## VII

El domingo a la noche con unos pesos más en los bolsillos arranco para Montevideo. Busco una pensión por el Barrio Sur y pago una semana.

Al día siguiente, de mañana, voy al bar donde quiero exponer mis dibujos. Una gente de lo más colorida me espera para mostrarme el lugar y conversar. Son una pareja dulce y cantarina, Juana y Mercedes, que conocí un verano allá en el Nordeste mientras exponía mis dibujos en la callecita donde pasean los turistas. Nos hicimos bastante amigos durante sus vaca-

ciones, salimos algunas noches por ahí a emborracharnos hasta caer y tuvimos conversaciones hermosas. Cuando vieron mi trabajo allá me invitaron a que pase y ver de armar algo cuando esté por acá, así que cumplo con lo hablado y vengo. El lugar está muy bueno, muy acorde con sus dueñas.

Había mandado un email con fotos de lo que estoy haciendo ahora y un pequeño mensaje preguntando si la oferta seguía en pie. Contestaron el mismo día diciendo que sí, que sería un gusto tenerme por Montevideo a mí y a mis dibujos.

Mi objetivo era hacer una muestra durante una semana y si se vendía algo mejor, pero no era el foco del asunto. Lo que quería de verdad era exponer en Montevideo. Quería un poco de roce urbano y especialmente quería ver la movida nocturna del mundo del arte o, mejor dicho, de los artistas montevideanos. Toda la negociación fue perfecta. Hasta ese día las paredes del local tenían unas pocas láminas compra-

das que podían fácilmente bajarse y dar lugar a mis cosas. La idea era que el bar se quedaría con un porcentaje de las ventas y cuando desmontáramos la exposición, las láminas volverían a su lugar, o si les resultaba un buen negocio, convocarían a otros artistas a hacer lo mismo y guardarían las láminas para siempre.

Como el contacto fue así, medio de improviso, no dejaba mucho margen de tiempo para hacer una publicidad más masiva ni convocar gente para la apertura, así que la muestra se instalaría el lunes de la próxima semana para que la vean los habituales comensales y el viernes siguiente haríamos algo más parecido a un vernissage que se anunciaría como pudiéramos con los medios con los que contábamos: radios amigas del lugar y redes sociales.

Conseguimos una banda de jazz que tocaría medio de onda, medio por unas birras, medio a la gorra.

La gente que frecuentaba el bar eran o estudiantes de

carreras artísticas o bohemios varios de distintos pa-  
los y colores. Había músicos, escritores, algún fotó-  
grafo, gente de cine... Y también otros que nada que  
ver con nada y les gustaba emborracharse oyendo  
buena música en un lugar íntimo y oscuro en una de  
esas calles del Montevideo nocturno.

Tenía una semana para preparar todo. Llegué a la  
pensión, pagué una semana más y me puse a trabajar  
en preparar cada imagen para la exposición.

Pasé los siguientes días cortando y pegando papeles e  
hilos, mirando mis dibujos y recordando cosas del  
viaje, gente del viaje, paisajes y detalles diminutos de  
mi vida de estos últimos tiempos.

A la caída de la tarde salía a caminar y a comprar  
algo para comer. Me sentaba en la rambla a masticar  
mis banquetes, a tomarme una birrita, a fumarme  
uno y a ser muy feliz.

Montevideo tiene rambla y allí cae la tarde de un modo tan poético, tan erótico, tan bello, que eso sólo es de un éxtasis desbordante. El aire que sopla es fresco y un poco salado, y el agua golpea contra los murallones y contra las piedras, ese sonido es maravilloso. Es la cuenca del plata con todo el derecho a la “nostalgia de haber sido y al dolor de ya no ser”.

Definitivamente todo huele a tango. Silbo un Ney Matogrosso para exorcizarme pero igual me viene en melodía tanguera. Nada, me relajo, me dejo tanguear, llorar, deshacerme en llantos. Es parte del viaje, parte de mi ser. La felicidad nunca viene sola, siempre me trae consigo su sombra.



## VIII

Domingo de noche. Cuelgo mis trabajos en las paredes de ladrillo. Todos de pequeño formato, obviamente, porque han sido producidos en el viaje, o antes, pero en el mismo block. Todo en lápiz. Mucho en lápiz negro pero algunos con colores. Yo mismo había hecho una especie de marco con papeles de diario y barniz, marcos-collages, que resaltaban un montón el laburo.

El objeto no era sólo el dibujo sino toda la obra, el marco se integraba y la completaba. Eran objetos en-

teros e indivisibles.

En el lugar que me parece más central pongo un retrato que hice de João. Se lo ve en cuclillas, con las rodillas separadas y desnudo. Mira hacia arriba pero con la cabeza no del todo levantada. El sexo le cuelga entre las piernas y el torso está erguido aunque mantiene una mano apoyada en el piso mientras que el otro brazo está completamente abierto apuntando hacia la derecha. Los rulos despeinados le caen sobre la cara y la mirada es feroz y extremadamente sensual. Es hermoso, definitivamente.

Me inunda un sabor tan abrumador de éxito el pensar que ese muchachito de tan gran talento y bello pasó por mi ser y mi cuerpo, que no puedo más que sonreírle al vacío. Sé que algún día él será alguien importante en el arte, se nota a la legua, no hay cómo eludir ese destino. Pensar que tal vez yo ocupe aunque sea un rincón de su memoria me llena de un júbilo altamente vanidoso, pero no por eso menos váli-

do ni menos real, ni menos jubiloso.

También me da una alegría inmensa recordar esos días que pasé con él. Vuelvo a sonreírle al vacío.

Al fin llega la noche del lunes y puedo ver la muestra con la luz amarillenta del bar.

Me agrada. Me gusta como se ve, como la gente mira las obras.

Voy hasta un rincón y saco algunas fotos con el teléfono que me prestó Juana porque la cámara del mío es una desgracia.

Los comensales están en lo suyo, comiendo y bebiendo, claro. Pero al rato se les desvía la vista y captan las obras. Algunos se paran para mirarlas más de cerca y otros simplemente las distinguen desde la penumbra de las luces bajas.

Los días siguientes no aparezco por ahí, quiero esperar al viernes sin aburrirme y también pienso en preparar una pequeña producción para vender el fin de semana en alguna feria.

Pero en lugar de encerrarme a producir, salgo a caminar desquiciadamente y sin rumbo desde la mañana hasta la noche por todos los recovecos montevideanos. Evidentemente se me había acumulado una carencia de esa ciudad que necesitaba saciar y aunque mi agenda no se había dado cuenta, evidentemente mi cuerpo sí. Yo no tengo mucho poder sobre mi cuerpo, él hace lo que se le da la gana.

Así que me dejo guiar por mis pies. Paso a paso sobre el asfalto, los parques, las plazas, las playas.

Pienso que tal vez mi padre haya andado por los mismos lugares, arrastrando los pies por los mismos rincones. No sé casi nada sobre él pero me lo imagino gitano, moreno, medio indomable, medio salvaje, medio traidor. Tal vez hasta sea alguno de los vagabun-

dos que me cruzo o alguno de los feriantes. No sé, no me importa, pero me gusta pensar que por ahí nos cruzábamos en la vida sin identificarnos.

Sé que es montevideano porque es casi lo único que mi vieja sabía de él. Estuvieron juntos un par de meses y después cada uno siguió con su vida, cada uno en su parte del mundo. Cuando mi madre supo que estaba embarazada ni sabía dónde buscarlo ni le interesaba. Aceptó el hecho con total tranquilidad y felicidad. Un hijo sí, un macho no, decía a veces y se reía.

Es viernes de mañana. Hago un poco de fila para el baño que está al final del pasillo. Me siento en la escalera de mármol de la pensión vieja.

Llega mi turno.

Antes de bañarme, me afeito despacio y me taladran las ideas, vuelve el recuerdo de vos, se agita tu fantas-

ma en mi pecho. Me miro en el espejo. Soy el mismo soy aunque los espejos no tienen memoria.

Los días antes de que te fueras fueron terribles. Yo no había tomado conciencia de ello hasta ahora. No es que no había tomado conciencia de lo terrible sino del por qué.

Cuando me dijiste que te ibas yo no dije nada. Me pareció normal que quisieras seguir viaje. Nos conocimos viajando, siempre supe de qué sustancia estabas hecha y me pareció natural tu decisión. Pero mismo así, mismo entendiendo todo mismo incluso estando de acuerdo, no nos podíamos despegar.

Y vos igual, también sabías que te ibas, que te querías ir, pero no nos podíamos despegar.

Hacia algún tiempo que las cosas habían ido cambiando de a poco entre nosotros y que cada uno tenía algunos amantes medio fijos. Pero incluso eso, que podría haber servido de prelude para una separa-

ción, nos unía más. Porque vos llegabas y me contabas todo, yo llegaba y te contaba todo. Entonces todas esas situaciones se volvían parte de nuestra relación, de nuestras conversaciones, de nuestros secretos y risas, nos aconsejábamos, competíamos a ver quién ganaba más, quién conseguía conquistar gente más bella. Nos mirábamos de reojo cuando alguno estaba con otro en la casa, y eso se hizo parte de nuestro juego.

En lugar de distanciarnos, nos acercó más y de una manera más brutal, más visceral, y también más hermosa.

Porque a mí me encantaba verte con otros hombres. Me encantaba también cuando me invitabas a que esté con vos y alguien más. Y yo sé que a vos te pasaba lo mismo, que disfrutabas secretamente y relajándote cuando estábamos por ahí y me veías seducir y besar muchachitas, cuando las invitaba a nuestra cama y después venías también vos o nos mirabas

desde la penumbra o nos oías desde el otro cuarto.

Pero al mismo tiempo las peleas se hicieron más fuertes y más sanguíneas. Estábamos completamente desquiciados, fuera de control.

Y es que te ibas y no nos podíamos despegar.

No hay manera de abrir todas las puertas y que sólo entre lo bello y lo calmo. No. Cuando se abren todas las puertas entra todo, lo bello, lo calmo, la furia, el dolor, la fealdad. Sobre todo la fealdad que más escondemos, la que somos también a pesar de ser tan brillantes.

La última noche no podía terminar bien. Era imposible, sino, no te hubieras ido y eso no podía suceder.

Tenías que seguir tu viaje. ¿Pero cómo? No podíamos despegarnos.

Llegaste muy tarde y muy borracha después de haber estado en la playa con unas amigas. Te acercaste a besarme y te sacaste la ropa. Tuvimos ese sexo que



sólo se tiene en las despedidas. Intenso, tratando que dure para siempre.

Pero no duró para siempre, terminó y vos te fuiste a armar tu mochila.

No sé qué pasó, no lo recuerdo bien, también estaba bastante borracho y drogado. Pero la cuestión es que al rato había cosas volando por el aire en dirección a mi cabeza. Nos gritamos, nos odiamos, nos mordimos, nos rasguñamos, tal vez hasta nos escupimos. No sé... Quería humillarte, pisarte con mi gran pie la cabeza por estar yéndote. Y vos querías dañarme en serio, querías que me duela, que me vuelva loco, que no sobreviva sin vos.

Si, sé que es absurdo pero fue así. Vos que eras la que te ibas, que me amabas con tus fuerzas enteras querías con toda la rabia que no pueda vivir sin vos.

Creo que yo quería lo mismo. Nunca habíamos cruzado la barrera de la agresión física, pero somos violentos. Somos muy violentos en todo lo que hacemos.

El vitalismo es violento, la furia de vivir es violenta y así, todo. Nuestra impotencia frente al final de algo que amábamos también fue violenta, rabiosa.

Después, no sé cómo, nos calmamos y nos dormimos.

Al día siguiente, llenos de marcas en el cuerpo por la batalla campal de la noche anterior y la casa destrozada con cosas tiradas por todos lados, nos fuimos a la *rodoviaria* caminado semiabrazados y cantando algo triste.

A ninguno se le ocurrió que vos te quedes o que yo también me vaya. Sabíamos que tenía que ser así, los dos sabíamos que uno no se puede mover solo, que necesita que cambie el viento. El viento que me movía a mí, estaba quieto en ese momento y me quedé. El tuyo, se agitó, tenías que irte. En medio de eso, estábamos nosotros, dos tontos mortales demasiado atónitos, furiosos y heridos.

– Estamos enfermos – me dijiste en algún momento

del camino.

- Sí - dije yo y me quedé callado.

Y era cierto. Enfermos el uno del otro. ENFERMOS.

Chau, flaca. Te amo siempre. Chau.

## IX

Noche del viernes, Vernissage.

Música buena, bar lleno de gente. Hablo, me río, muestro los cuadros. Miro la gente, la gente me mira.

Escucho algunos comentarios sobre las líneas, los colores e incluso sobre los marcos. Me alegra oír las conversaciones de la gente de ciudad, son tan distintas las charlas a las habituales que tenemos los que andamos por los caminos o vivimos en lugares no muy urbanos y pequeños.

Parece que se venden algunos de los dibujos. Son

realmente baratos, no me importa. El único medio caro es el de João que en realidad no sé si quiero venderlo.

Mercedes se encarga de todo lo que es el negocio. Me guiña un ojo y entiendo que todo va bien de bien.

Me agarro de un tinto y ya no me suelto.

Algo se hace sensual en la penumbra jazzera. Una morocha se acerca zigzagueando como anguila y yo ya la siento adentro de mis pantalones. La miro con cara de esperame un toque que soluciono estos menesteres y ya estamos en un lugar mejor.

Entiende.

Sin largar el vino le paso la mano por la cintura y nos besamos divinamente.

- Estoy en una pensión acá no tan lejos. Tenemos que entrar de canuto y sin hacer ruido porque el cuarto es para uno y la doña es malísima. ¿Vamos a hacer-  
nos unos mimos?

- No, vamos a mi casa que podemos hacer todos los ruidos que tengamos ganas.

Las palabras más sabias que escuché en toda la noche.

Capturo otra botella que circula por ahí y arrancamos.

Salimos a la calle ventosa de la madrugada. Caminamos por las veredas anchas de baldosas acanaladas y árboles danzarines. Vamos abrazados y nos besamos en miles de zaguanes antes de llegar a su casa.

El tinto va bajando su caudal y nosotros estamos completamente enroscados.

Amanece y seguimos ahí, desnudos en la hora azul y rosa.

- Matías - dije antes de que nos fuéramos a dormir un rato.

- Eleonora, un gusto.

Armamos un mate, compramos unos bizcochos y nos vamos por la rambla a desayunar. El mar está agitado y las olas rompen fuerte contra el murallón. Huele a viento sur y a sal.

- Me gustaron tus dibujos.

- Los fui haciendo en el viaje y algunos los traje del Nordeste de Brasil, donde vivía hasta hace algunas semanas.

- ¿Y te vas a quedar por acá?

- No, el domingo a la noche desarmamos la exposición y tal vez ese mismo día o el lunes temprano parto para Buenos Aires y después no estoy seguro, tal vez vaya a Mendoza o al Sur o... No sé. Tengo que ver.

Eleonora me mira y se ríe.

- Es que estoy yendo a buscar a alguien que no sé dónde está, por eso viajo así como que en zigzag y de

repente termine en Bolivia o en Venezuela y vine hasta tan al sur para nada, pero no sé, entonces sólo voy.

Se ríe otra vez y me acomoda el pelo detrás de la oreja, un mechón que se escapó a la colita.

– ¿Redes sociales? Sabés que buscar a alguien en las redes es más fácil que salir a recorrer todo el continente a ver si te lo cruzas en una esquina.

– Sí, lo sé – me río yo ahora –. Pero no siempre lo más fácil es lo más adecuado en todas las situaciones. En ésta no lo es. Ésta amerita cada paso y la consecuencia de cada paso y el tiempo que toma cada paso. Viajar no significa llegar a algún lugar particular, significa, sobre todas las cosas, movimiento, tránsito. Justamente lo más importante entre un lugar y el otro, no es cada uno de esos lugares sino la distancia que los separa y el tiempo que uno necesita para recorrer esa distancia. Porque desde que salís hasta que llegás (si es que alguna vez uno llega a alguna parte),



ya no sos el mismo. Es el camino el que te moldea, el que te enriquece la experiencia, el que te prepara para lo que vayas encontrando. Mirá que no te estoy castanedando, es posta, sin misticismos ni nada. Tiene que ver con que como humanos el tiempo y la experiencia son factores fundamentales en la creación de nuestra propia cosmovisión y de la percepción que tenemos de nosotros mismos y de los otros.

- Sí, entiendo. No lo viví así nunca pero me parece que por ahí puede ir la cosa – dice Eleonora mientras toma un mate con esos labios muy rojos y cuelga la mirada en el horizonte del Plata.

Al rato volvemos a su casa y pasamos la tarde en la cama matizando sexo con comida, películas, alcohol y marihuana riquísima de sus plantitas. Ella es de la tribu del cine y sabe todo de ese palo. Tiene un pelo muy negro y muy lacio que le llega hasta la cintura (casi como el mío) y unos ojos de miel transparente que me volvieron loco. Se la pasa desnuda y riendo.

Permanecemos en ese estado hasta el domingo. A la tardecita nos despedimos y arranco a encarar hacia el bar.

Resulta que se habían vendido bastantes dibujos. Desmonto los que me quedan, le regalo uno a las chicas y dejo otro a nombre de Eleonora con el número de su celular para que la llamen y lo pase a buscar cuando pueda.

Vuelvo a la pensión, agarro mis cosas y me voy.

Llego a Tres Cruces pero ya no hay barcos para ese día así que decido viajar en ómnibus. Es mejor de todas formas, el viaje se hace de un tirón, no hay que hacer el pase micro-barco, así que puedo dormir unas buenas siete u ocho horas tranquilo.

Me atrincheró en el asiento del lado de la ventanilla y me acuerdo de un texto tuyo, saco el cuaderno y leo.

“Bueno, era eso. Nada de seguir dando vueltas como

una idiota atolondrada.

Nada de lo que pasó hasta ahora se puede repetir nunca jamás.

Las cosas simplemente suceden. Simplemente suceden.

El asunto empezó cuando me subí al micro. Tomar conciencia de qué hacía ahí. Tomar conciencia de la fuga. De mi cuerpo en el asiento. Mi cuerpo que huye a zancadas.

Era ya muy entrada la noche, el boleto decía 1:30 AM.

Cuando empezó a avanzar por las calles todo estaba desierto.

Era miércoles. Siempre que viajaba era miércoles. Pura casualidad, nada planeado, pero siempre miércoles.

Cuando dejamos la ciudad y salimos a la ruta, entre el éxtasis habitual que me produce esa boca de la

noche y las luces de los ómnibus y esa oscuridad por todos lados, y uno atravesándola, como encima de su ser, desde otro mundo, capaz de surcar dimensiones, de sortear tiempos y espacios.

Yo voy en el primer asiento. Me gusta esa ubicación porque además de poder mirar por la ventanilla puedo ver la ventana gigante de adelante y apoyar los pies en el coso cuadrado que hay al lado de la puerta.

Saco un libro pero no leo. Contemplo la noche y pienso otra vez en mi huida. En esta huida en particular, suspendida entre otras tantas. Además, sabiendo que no será la última.

La última será el día que me muera. Mientras tanto tengo que tratar de no desaceitarme.

Esta vez fue un hombre.

Nadie en particular, un hombre común y corriente pero que me inyectó su puto veneno.

Estoy tan acostumbrada a agarrar las cosas e irme

que es lo único que sé hacer. No me interesa recordar lo que no tiene remiendo. Y creo que en esta vida nada tiene remiendo.

Soy un ser solitario. Eso me consuela. No sé estar con otros de manera permanente.

No tengo relaciones duraderas y solo puedo vincularme con personas que me permitan seguir estando sola.

Este pibe, el del veneno maldito, respira esa soledad para la que no tengo antídoto. Y todo se pudrió porque las cosas siempre se pudren. Porque el amor es una mierda”.

Así queda, con el resto de la página en blanco.

Me acurruco y duermo el resto del viaje enredado en el recuerdo de tu mente.

## X

La diferencia de entrar por el puerto a entrar por retiro es casi la diferencia de dos mundos completamente antagónicos.

Un lugar caótico, desordenado, denso, lleno de smog y de multitudes eclécticas; contra otro, burgués, ordenado, pulcro, sin la Villa 31 del otro lado del paredón, un Puerto Madero olvidado de cuando era una seguidilla de hermosos galpones abandonados y medio tenebrosos a un costado del río. Lugar ese lleno de sombras de una Buenos Aires que ya no será nunca más. Ahora se yerguen esos edificios idiotas, ese lujo

de plástico y perfumes de freeshopp.

Retiro, el caos me espera. Son como las siete de la mañana. Pago por un termo de agua caliente, preparo el mate y me voy cebando tranquilo hasta cruzar las avenidas. Atravieso a pie la Plaza San Martín y ahí, en lo alto de la plaza contemplo la ciudad, caigo en qué lugar me encuentro, me invaden miles de sensaciones y sentimientos encontrados y descubro que no tengo ni idea a dónde ir.

Entonces en lugar de seguir sin sentido, me siento abajo de un árbol a tomar un mate tranquilo y a pensar. Saco un cuaderno nuevo, todavía en blanco, y garabateo algo. Me apoyo en el tronco rugoso y espero. No sé qué espero pero espero. No me voy a mover de ahí sin una flecha o una visión que oriente mis siguientes pasos.

Buenos Aires tiene en mí un efecto devastador. Hace años que no vengo y lo único que recuerdo de acá son momentos entre malos, pésimos, tristes, dolorosos

y otros todavía peores.

Conozco mucha gente pero no sé a quién le puedo caer y no estoy seguro de querer ir a una pensión o a un hotel.

También está el departamento que era de mi madre. Está vacío, supongo, y tengo la llave. La llevo siempre conmigo. No creo tener el valor de ir.

No sé...

Sigo sin entender qué debo hacer, entonces continuó sentado bajo el árbol acariciando mi espalda con el tronco rugoso.

Un perro se acerca y me olfatea. Le acaricio el lomo. Más suave y sedoso su pelaje que el mío.

Los perros porteños tienen el mismo rango de objetos de consumo que cualquier otra prenda que pueda comprarse en un shopping.

Son casi no-animales.



Bueno, qué carajo me importa ponerme a filosofar sobre las mascotas ciudadinas. Cero. Necesito moverme y no estoy pudiendo.

Basta, me canso de mí y de mi insistente estupidez. No se le puede tener tanto miedo a una ciudad.

Me yergo sobre mis patas. Estiro toda mi delgadez. Un metro setenta y siete que se sacude el letargo pero aun teme.

Bajo al subte para hacer las combinaciones necesarias que me llevaran hasta Floresta al departamento abandonado y ruinoso que era de mi madre muerta.

Me entero que necesito una tarjeta Sube para lo que se me ocurra hacer. También me acuerdo que tengo que cambiar plata.

Vuelvo a la superficie, encaro Florida. Cambio los dólares que traía de Uruguay, los que compré en Tres Cruces con la plata de los dibujos más los reales que todavía me quedaban de mi vida nordestina, pero me

guardo algo sin cambiar porque creo, espero, quiero creer, que en breve me iré de este país, de esta ciudad, y no necesitaré más pesos.

Compro una Sube en un kiosco.

Ahora sí enfilo para el subte pero ya que estoy por ahí camino hasta Avenida de Mayo y me tomo directo el A para después empalmar con algún bondi o caminar más y más hasta no parar nunca.

De Buenos Aires, Avenida de Mayo, es uno de mis lugares preferidos. Si mirás solo al ras de tus ojos, nada. Un lugar más de gente enloquecida y apurada con trajes y maletines o señoras con tacos y ropa fea, o cartoneros laburando y niños revolviendo la basura. Los contrastes porteños también apestan. Pero si mirás para arriba ves unos edificios y unas construcciones que no pueden más, de cuando un puñado de idiotas quería ser Europa (como si ser Europa fuera gran cosa). Pero es parte de la ecléctica porteña lo que me encanta, lo cipayo de la estupidez y la con-

formación de la belleza.

Y la belleza es. Se logró, a pesar de todo. Hay edificios, pedazos de lugares, pasajes, escaleras de mármol, mamposterías, ascensores de hierro con firuletes hermosos, ventanales, cúpulas, lámparas que cuelgan en pasillos que se divisan desde las veredas y vitrales...

Y así voy, con pasos larguísimos. No miro al ras de mis ojos, miro para arriba. Veo el cielo que envuelve al planeta y la obra humana.

Recuerdo algunos manifiestos que sé de memoria mientras camino y paso por los diferentes estilos de construcción. Cada uno me remite a distintas épocas de la humanidad y de mi propia vida. Se me enciende el pecho por primera vez en horas. Es verdad, sigo vivo.

Llego. Avenida Rivadavia casi al fondo. Esta ciudad es tan desquiciada que todo cambia de barrio a barrio.

Por ejemplo en la parte oeste, en las veredas anchas de árboles queriendo florear en primavera, adornadas por construcciones decadentes de fachadas despintadas, los colores, los olores, los brillos de las luces del día y hasta los sonidos de las calles, son distintos al resto de la urbe. Y no solo eso. Si te metés y vas cruzando calles sin sentido, también todo cambia y los lugares más burgueses se hacen pacíficos recovecos donde pasear alegremente, latita de cerveza en mano.

Pero ahora no hago nada de eso. Ahora abro la puerta del edificio chico de tres pisos sin ascensor, donde se esconde el departamento.

Contrafrente, piso dos. El sonido de la llave me cruje en el cerebro. El silencio del interior y el olor a vacío y soledad me invaden aun antes de cruzar la puerta de entrada.

No quería venir, hubiera preferido dormir abajo del árbol en la Plaza San Martín, pero bueno, sentí que

tenía que encararme.

Entro. No hay casi nada en el interior. Cuando mi madre murió vine a Buenos Aires, doné todo lo que a alguien le podía servir y dejé solamente un colchón en lo que fue mi cuarto alguna vez, un plato, un juego de cubiertos, una radio y alguna que otra cosa que pensaba que por ahí me servía en alguna situación como la que estoy atravesando en este momento.

Para no oír el silencio asfixiante prendo la radio. Paseo por el dial y me río en voz alta por escuchar las mismas voces que hace como quince años no escuchaba. Claro, yo me fui, ellos siguieron ahí, como si el tiempo se hubiese detenido para esperarme.

Abro las ventanas, miro las plantas de las casas de los vecinos, el cielo con su celeste distinto del oeste, escucho los barullos cotidianos de esa hora del mediodía...

Lloro un poco pero no estoy muy seguro el por qué.

Salgo a hacer unas compras básicas como para aguantar algunos días en situación de huésped del departamento de un muerto.

Cuando vuelvo me doy un baño y como, todo con la radio prendida. Canciones porteñas, tal vez fue eso lo que me hizo llorar.

Escuchar mi música, la música que me acompañó durante mi infancia, adolescencia y primera juventud en la radio es un golpe más fuerte que reaccionar con el cuerpo a no tener a nadie en el mundo. O por ahí es el túnel, el pasadizo directo al alma que me recuerda eso o que me recuerda que no siempre fue así, que yo no fui siempre así.

Música en castellano, la música que escuchaba cuando era pendejo, la que cantaba con mis amigos mientras pateábamos las calles de esta ciudad de gira eterna.

Me parte al medio. Tiemblo. Lloro otra vez. Sigo sin

poder definir bien el por qué.

Las paredes del departamento están peladas. No dejé ni una foto ni un cuadro ni un tapiz. Regalé todo menos las fotos que las guardé con especial cuidado en una cómoda del cuarto que fue de mi vieja y al que no me animo ni a entrar.

Todo me duele mucho. Soy de una fragilidad extrema. No sé, tal vez a todo el mundo le pase lo mismo. Tal vez no. Qué sé yo.

Mi madre era mi única familia en el mundo. Una loca de mierda, eso sí, pero muy madre.

Hippeó hasta cansarse, hizo lo que se le dio la gana, vivió como bien entendió, tuvo todos los amantes que le pintaron, trabajó de lo que pudo y me amó con un amor tan intenso que no podría definirlo.

Pero se murió. La gente se muere y los vivos nos quedamos solos.

La ecuación más absurda del mundo. La más real, la que no tiene revancha, ni desquite, ni remedio.

No me quiero quedar ahí pero me obligo un rato más.

Al anochecer salgo a comprar unas birras de lata y a caminar mientras las tomo.

Camino un montón, cuadras largas y frescas del oeste de la ciudad.

A eso de medianoche vuelvo y logro dormir.

Me entero algunas cosas caminando por ahí y hablando con gente diversa en un par de días: el dólar, la deuda externa que aumenta sin parar, y unas cuantas cosas más, pero lo más importante es que hay un chico que se llama Santiago Maldonado que está desaparecido.

Miro la foto del pibe que anda circulando por varios lugares por los que me muevo. Es igual a cualquier amigo mío, a cualquier viajero, a cualquier artesano.



Me viene un frío interno de horror. Sé que de casualidad no soy yo el que está empapelando la ciudad con su rostro. Si en lugar de estar en el Nordeste o viajando por otra parte hubiera estado en Bolsón, seguramente hubiera ido a apoyar la causa mapuche, es lo obvio, lo lógico a hacer.

No puedo creer que este país siga siendo así. Me quiero arrancar la piel y los oídos por las estupideces que escucho. Xenófobos, racistas, hablan sin tapujo a cualquier hora del día y en cualquier lugar de las cosas más aberrantes sin ningún pudor. Nacionalistas de una nación inexistente, un imaginario colectivo de una patria tan lejana a esta patria que es y que no conocen ni por asomo.

La nueva realidad del continente, la vuelta del neoliberalismo tercermundista (como todo, la peor copia, la de peor calidad y peores resultados), ha vuelto. Y no vuelve tímidamente o con falsas coqueterías. No. Vuelve con todo a lo que tiene derecho. Pobreza, re-

presión y muertes. Así, en plural.

Solamente mirarle la cara al presidente me revuelve el estómago. Tan carita de colegio de elite, tan millonario, tan forro.

Yo venía siguiendo las noticias pero ver la realidad fue muy distinto a oír o leer algo disperso desde lejos. La ciudad está empapelada con la cara de Santiago, se hacen marchas, voy. Después claro, represión, presos y angustia. Mucha angustia.

Tomo conciencia que hay policía por todas partes todo el tiempo. Uniformes bordó y negro que colorean amargamente Buenos Aires. Paran pibes en cualquier esquina, los detienen por cualquier cosa. Escuchás por ahí “este modelo sólo cierra con represión”. Ellos lo saben, lo están haciendo.

Los pobres más pobres, los ricos más ricos. Su ecuación preferida.

Todo una mierda, la humanidad apesta.

Ahí pienso otra vez en vos. Dónde estarás. ¿Y si estás en Bolsón o por Esquel? ¿Y si ese chico, Santiago, era tu amigo? Lloro de nuevo.

Estoy muy solo y el mundo oscurece demasiado rápido. Me siento un saco de huesos sin forma.

Pero bueno, sé que esta ciudad, que este país es así, por algo me fui. Por algo creo que nunca volvería. En realidad no sé...

Pero ahora no, ahora estoy de paso.

Subo a un bondi y voy al Sur.

Me paso varios días subiendo y bajando de colectivos, haciendo los recorridos totales, solo para mirar por la ventanilla, mirar la ciudad.

Me voy hasta un punto caminando y agarro cualquiera, el que pase primero. Y así voy empalmando

unos con otros y recorro lo más que puedo. Un turismo medio tonto pero para mí necesario, indispensable.

Voy de Claypole a Ciudad Universitaria con el 160. De ahí me tomo el 42 hasta Nueva Pompeya. De ahí voy hasta el 15 y así sigo toda la tarde.

Otro día hago lo mismo con algunos trenes y con los subtes.

En medio de esas vueltas voy conociendo personas, entre bondi y bondi, entre caminadas por distintos recovecos. Paso por plazas, por ferias, y me acerco a la gente y empiezo a oler la ciudad, a entenderla un poco más.

## XI

Pienso que voy a agarrar algunos de mis dibujos y mis textos y a hacerlos libritos y a venderlos por ahí, de mano en mano.

Cuando llego al departamento agarro unas hojas A4 que compré de camino y diseño páginas con dibujos grandes y poemas en el lateral derecho. Decido hacerlo a mano, no en computadora. Tengo una letra estilizada y creo que colabora con la estética que quiero crear. Copio de mi cuaderno contornos de cuerpos desnudos, mujeres, hombres, brazos, piernas,

hombros, perfiles, pelos despeinados. Solo contornos y algunos textos breves al costadito.

Doblo el A4 en vertical y tengo unos ejemplares de cinco hojas cada uno, veinte páginas.

Hago diez copias de cada uno de los títulos diferentes que creé en la fotocopiadora del barrio.

En menos de una semana de producir casi veinticuatro horas por día porque no logro dormir, estoy listo para salir a batallar una moneda en Buenos Aires.

Todavía me queda algo de reserva y no había pensado en hacer nada, solo pasar lo más rápido posible.

Pero no pude. Necesito interactuar con la gente, volver a sentirme local de alguna manera.

Y la manera de sentirse local, de interactuar de verdad con los demás, es ésa. Producir algo, hacer objetos de intercambio que en un sentido o en otro, hablen de uno y te permitan como excusa el trueque de miradas, de conversaciones, de experiencias de estar

en el mundo.

Así que salgo con libritos y algunos dibujos a ofrecerlos por los parques y las plazas el primer fin de semana que tengo oportunidad.

Me va bien, vendo bastante, conozco gente, bebo cerveza que me ofrecen, fumo porros, como sandwichitos veganos que me regalan, tomo mate con bizcochitos con mil chicas y también canto canciones con guitarristas solitarios y silbo tangos que ni recordaba que también conocía de memoria.

Al final de esos días yo soy un yo menos temeroso, más completo, más sólido y Buenos Aires no me asusta tanto. Los recuerdos no me saltaron desde debajo de los adoquines para desguazarme y tragarme sin remedio, sino que nos reconocemos, sabemos que estamos metidos (ella, Buenos Aires, y yo) en una misma danza de soledades y reencuentros, de desnudeces, de dolores y furias; pero sobrevivimos y todavía brillamos.

- ¡Mati!- Escucho el grito desde la otra esquina y me doy vuelta.

Me cuesta un poco reconocer al sujeto de la voz gruesa, sin embargo justamente la voz, es lo que me succiona hacia algún lugar de la memoria que lo reconoce.

Debajo de una barba tupida y muy negra se esconde alto personaje de mi barrio. Gran contador de historias en las noches de Floresta.

Vozarrón grave y pulido, resaltador de los más absurdos detalles, prolijísimo en sus descripciones, y sobre todo, la temática siempre brillante, siempre a un paso del hecho más absurdo.

- ¡Tato!- le devuelvo el grito.

Abrazo apretado.

El ¿qué hacés boludo, cuándo volviste, te quedás, cuándo llegaste, viniste con una mina, te casaste...? y



mil cosas más que no recuerdo, fueron una sola pregunta enunciada en único chorro de palabras pronunciadas casi sin respirar.

Antes que nada me río.

- Vamos a buscar una birra y te cuento.

Salimos rumbo al chino y nos sentamos en la vereda.

Hago mi relato lo más breve que puedo porque quiero escucharlo a él. Quiero saber todo lo que pasó con él y con todos, desde que me fui hasta ese momento.

- Yo me casé, me separé, tengo una nena de ocho años. Estoy bastante rescatado, hace rato ya que no muevo nada – sonrío discreto, de costadito.

Sonríe porque casi siempre sus historias eran de cómo zafaba de la policía. Eternas historias de dealer de barrio. Siempre zafando, siempre bien parado. Y cómo no, era un dandi.

- Estoy laburando con la camioneta que era de mi viejo, hago fletes. Estoy tranqui. Recorro la ciudad, no

tengo horarios que cumplir, pagan bien...

Después me cuenta qué fue de la vida de todos los pibes y las pibas de esas esquinas por las que transcurrió mi vida hasta que tuve diecinueve.

Nada de gran sorpresa, todos estaban en una vida acorde a la urbe. Había desde uno en Barcelona hasta los que se casaron y vivieron felices para siempre, tienen hijos, auto, casa propia y perro pero siguen en el barrio.

Pasaron un par de horas y nos despedimos con otro abrazo. Me voy caminando con ese sentimiento de mierda que me dan algunos encuentros.

Honestamente esperaba que por algún milagro maravilloso el Tato se diera cuenta que lo suyo era la literatura y nos dejara plasmado en volúmenes abultados una a una sus experiencias maravillosas de cuando vivir era eternamente emocionante. Pero no, ahora estaba tranqui manejando un flete y nada...

## XII

Suficiente, me voy.

Recojo mis cosas, deajo todo en orden, cierro la puerta con dos vueltas de llave y me voy.

Caminar por Rivadavia. Subte A, Avenida de Mayo, caminar hasta Retiro. Caminar. Quiero caminar, respirar, explotar.

Viajar, dar vueltas, viajar. Subir a micros, bajar de micros, subir a micros otra vez, hacer dedo, subir a camiones, a autos... Caminar, dormir en hoteles, en pensiones, en campings, en cualquier parte, bajo el

cielo.

*Amanece y me despierta un maullido casi imperceptible. Al principio creo que es un sueño pero después de unos minutos me doy cuenta de que proviene del mundo exterior.*

*Es suave y medio aterciopelado, casi un silencio con música.*

*Abro la ventana que da a lo que le hubiera gustado ser un balcón pero que quedó en un intento. Poco más de medio metro de cemento suspendido en el aire con un muro descascarándose que me llega a la cintura.*

*Arriba de ese muro está sentada ella, esbelta y galáctica.*

*Nos hicimos compañeros inseparables por todo lo que duró mi estadía en esta ciudad.*

*La compañía exacta para que mi soledad no resulte*

*dañada ni obsesiva.*

*Aparecía de mañana apenas salía el sol y se iba a la noche.*

*La última mañana que estuve en Buenos Aires no vino. Suficiente despedida la ausencia.*

*Toda la producción de libros que hice fue con ella sobre mis rodillas y mientras dibujaba, ella dormía en mi colchón.*

*Gata negra, bella. Días de desayunos de leche y queso a dúo. Fue un tiempo de reposo, de amigarme un poco con la ciudad, a pesar de todo.*

*Las cúpulas de los edificios, los balcones con sus mamposterías o sus herrerías trabajadas, las rejas de algunas puertas y ventanas. Algunas puertas y ventanas... todo en Buenos Aires tiene historia.*

*Una historia siempre triste, siempre sombría, y por ahí por eso mismo, cuando algo brilla, brilla mucho. Brilla zarpado. En la oscuridad es que el brillo res-*

*plandece fuerte, vibrante.*

*En cada recoveco porteño hay historias a ser oídas.  
Cada umbral de puerta, cada zaguán, cada baldosa,  
puede contar infinidad de cosas.*

*Hay ciudades con cascos históricos pero en realidad  
la vida se desarrolla entre construcciones nuevas  
plantadas en urbanismos nuevos siempre renacientes.*

*Buenos Aires no, Montevideo tampoco. Hay cons-  
trucciones nuevas, claro, la mayoría horribles, pero  
están emplazadas en la lógica ecléctica del propio  
devenir y aunque se nieguen a asumir su génesis, in-  
corporan la propia decepción y tristeza histórica a  
sus cimientos. No pueden sacudirse sus orígenes de-  
cadentes. Por eso son mis ciudades favoritas. Viejas  
tangueras maquilladas bizarramente.*

*Me hacen daño pero son parte de mí, de mi sustancia.  
Me pertenecen sus historias y un pedazo de mí les  
pertenece también.*

*Sabía que el famoso ángel de la soledad que por aquí transita no me iba a dejar tirado, se iba a hacer cargo de mí de un modo u otro. Me dejó en la ventana a mi compañera ronroneadora de esos días y estuvo bien, fue suficiente.*

### XIII

Me siento en la tierra arcillosa y pedregosa y meto las patas en el río frío. Sí, helado. Orilla de piedras y algo de pastito amarillento disimulado. Las patas refrescándose. El sol que me anuncia mi sobrevivencia, mi estadía en este planeta por un tiempo más. Que no me han cazado todavía.

Mi territorio continúa sin ser invadido. Mi libertad total y absoluta no se subyuga ni ante los gobiernos ni ante las reglas del arte ni ante los sistemas lingüísticos. No hay sistemas porque no hay orden posible,



sólo caos constante.

Busco un texto en tu cuaderno mientras me tiro al sol en el piso. Tiene fecha del once de mayo. No dice el año. Casi ningún texto está fechado, no sé por qué este sí.

“Llueve. El mundo está mojado y el pequeño ser que está metido dentro de un cuerpo que deambula por la ciudad, se moja.

La existencia, el vacío de la existencia, el dolor de la existencia.

Ser. El dolor del ser y de ya no ser. *La nostalgia de haber sido y el dolor de ya no ser...* Nostalgia de no haber sido, ésa es mucho más potente, más letal.

El ser en un cuerpo va por la calle. Entre el ser y el cuerpo no hay una distancia tan gigante. Un poco el ser es el cuerpo y a la inversa, el cuerpo es el ser. Porque cualquier daño que se le infrinja al cuerpo, el ser no tiene cómo obviarlo.

El ser y la lluvia

El ser y el dolor

El ser y el dinero, la falta de dinero, la carencia

El ser y el frío

El ser y la furia

El ser y su nombre

El ser y su cuerpo

El ser y la cultura

El ser y la náusea

El ser y el amor

El ser y la soledad

El ser y el poder

El ser y la desidia

El ser y la muerte

El ser y el nacimiento

El ser y la eternidad

El ser y cada detalle

El ser y cada poro de piel

El ser y el sexo

El ser y el deseo

El ser y el desengaño

El ser y el engaño

El ser y la ilusión

El ser y la política

El ser y los volcanes

El ser y las naturalezas

El ser y las batallas

El ser y las guerras, las no-guerras

El ser y las derrotas

El ser y las muchas paces

El ser frente a la nada

El ser frente a sí

El ser frente a otro

El ser frente a todos los otros

El ser frente a su amor

El ser frente a su propio ser sexuado

El ser frente a otro ser sexuado

El ser frente al vacío

El ser frente a la soledad

El ser y la cama sola

El ser frente a otro ser que no lo ve

El ser frente a otro ser que ostenta poder

El ser frente a otro ser que se adueña de su cuerpo y  
lo deja sin ser

El ser cuando ya no es, cuando ya no late, cuando el  
dolor es más grande que la vida que le circula por la

sangre

El ser frente a un cosmos plagado de seres revulsivos

El ser con su pequeñez en un mundo enfermo

El ser dentro de un cuerpo que ya no se mueve, que  
ya no se agita, que cae inerte desde un avión al río

El cuerpo del ser y ese ser completo tragados por  
aguas turbias llenas de cadáveres arrojados de avio-  
nes. Cadáveres de seres que tuvieron cuerpos bellos,  
cuerpos enteros, cuerpos humanos y que ahora,  
mientras cruzan el aire en dirección al agua a una  
velocidad sorprendente, son despojos llenos de mar-  
cas; con pieles en girones, con gargantas agujereadas  
por gritos, con cuencas sin ojos, con sexos hinchados  
y enrojecidos

Seres que ya son el río

Seres y seres

Victimas y victimarios

Asesinos y asesinados

Cínicos malditos, y nosotros

¿Cuántas veces nos van a arrojar? ¿Cuántas aguas tragarán cuerpos?

Cuánta vida en nosotros que no pueden atrapar.

Somos la vida, somos el río. El ser nuevo arrancado de la matriz y la matriz con su cuerpo y su ser, renacidos en violenta furia del viento, eso somos.

Somos imparables, poderosos, bellos y coloridos, con la fuerza vital de todos los huracanes.

Mientras que ustedes, señores de mierda, no son nada”.

Con el Río Mendoza a mis pies te leo escribiendo so-

bre ese otro río y lagrimeo un poco. Más que por el texto, por las épocas que nos tocan vivir sumadas a tus escritos. Como si los ciclos se empeñasen en repetirse de una manera obstinada, tenaz y siempre de la peor forma. Y nosotros, todos los nosotros, los cuerpos libres, amontonados por torbellinos, tengamos como única misión guardar, resguardar y alimentar, la llamarada de la resistencia.

Y de pronto, así, de la nada, mientras con un palito dibujo cosas invisibles en el suelo, levanto la vista y te veo. Sí, a vos. Pollera de colores, pelo mal recogido, musculosa amarilla.

Sonríó y me quedo ahí. Hasta que vos me veas yo te miro. Disfruto de ese momento extra. Patas en el Río Mendoza, palito en la boca, pantalón arremangado hasta la rodilla, alta sonrisa en la boca.

Me ves.

Sí, me ves. Me mirás, te ponés el pelo detrás de la oreja y fijás la vista, te reís casi con un aullido y corrés hasta mí.

Mil besos y abrazos mientras rodamos por el piso con ruidosos gritos de júbilo y algarabía.

Por ese rato que dura eternidades, el universo se equilibra y todo, absolutamente todo, es de una belleza deslumbrante, sin mácula y brillante.

Qué bueno verte, qué hermoso verte, tocarte, estar tan cerca de vos, de todo tu ser completo.

- Contame todo - te oigo decir mientras te acomodás la ropa con la sonrisa intacta, te sentás y metés las patas en el río vos también.

Pero yo en lugar de empezar a hablar me quedo estático, mirándote y disfrutando del ruido del agua agitarse mucho porque baja con furia y pongo mi cabeza sobre tus piernas y cierro los ojos con la cara hacia



el sol y me quedo ahí en éxtasis silencioso. De vuelta en el hogar, tus piernas.

Me acariciás el pelo con los dedos y después de un rato de mirarme, te acostás sobre la tierra y así nos quedamos no sé cuánto.

- Vamos a comer – decís levantándote casi de un salto.

Caminamos hasta un auto rojo destartado que está estacionado en un camino de tierra que baja un poco hacia una especie de vallecito pequeño y rocoso.

Adentro del auto hay un cajón de madera repleto de víveres. Sacamos pan, algunas frutas, aceitunas, queso y un vino y volvemos a sentarnos en la orilla.

Vino descorchado con el llavero de las llaves del auto, tomado del pico, riquísimo, mendocino, maravilloso.

Sentados bajo una sombrita raquítica, devorando, bebiendo.

- Bueno, dale. Contá. Qué andás haciendo por acá,

pibe.

Te miro un rato y te cuento.

- Nada, te extrañé de repente y quise venir a verte. A ver cómo estás, en qué andás metida.

- Qué bueno. Qué alegría tan grande – decís y sonreís casi brillando y te creo.

- En este momento, el auto destartado es mi casa. Parece que no pero se la banca bien de bien y estoy yendo hacia el norte. El plan es unos días más por acá vendiendo algo y después arrancar a San Juan, La Rioja, Catamarca, Tucumán... y así hasta Bolivia, creo. Quiero ir a ver a unos amigos a Cochabamba que no conozco y después no sé... Ir viendo. De última voy por Perú o me cruzo a Brasil y de ahí Venezuela... No sé.

- Mirá lo que estoy haciendo – decís y sacás unos collares hechos con trocitos de cosas. Pedacitos de corteza, pedacitos de caracoles, pedacitos de nácar, algu-

nas semillas y cerámicas.

– Están buenísimos – digo yo sin dejar de sorprenderme por lo bueno que están. – Yo estoy con mis dibujos y algunos textos. Hice una muestra en Montevideo y me fue bastante bien. Después anduve por Buenos Aires en el departamento de mi vieja y eso estuvo fuerte. Hace algún tiempo que ando dando vueltas. – ¿Así que no estás viviendo en Mendoza? Te encontré de pedo entonces. El Pato me dijo que andabas por acá

– Hace rato que no ando por acá – te reís -. Ahora estaba pasando un tiempo en Piedra Blanca, Córdoba casi San Luis, en las sierras de los comechingones, en casa de unos amigos. Trashumando nomás, nómade sigo. Estoy escribiendo también. Algo que creo será una novela pero voy lento. Mirá.

Te levantás, vas al auto otra vez y volvés con un librito que tiene tu nombre en la tapa y la palabra Poemario. Es naranja con una especie de collage hecho

con pedazos de revistas impreso.

- Ehhh, felicitaciones mujer.

- Lo publicaron unos chicos de Córdoba. Este te lo regalo.

Yo hundo mi mano en la mochila y saco el cuaderno.  
Te lo alcanzo.

- Te lo olvidaste en un costado tirado en tu quilombo eterno, cuelgue.

- No me lo olvidé, te lo dejé para que me lo cuides y para que lo leas. - Sonreís y el planeta tierra es un lugar más hermoso solamente porque vos lo habitás. Pienso esto parafraseando al viejo Henry (Miller) cuando en Sexus habla de su primer amor, a eso de los seis años y lo asume como algo tan puro y etéreo, que no quiere a la niña para nada en particular, su solo existir le resulta suficiente para hacerlo feliz.

Así me siento.

El sol empieza a inclinarse y se enfría el aire. Salimos

a buscar unas ramas para hacer fuego y preparar un mate.

Me gusta esa cotidianeidad, como si nos hubiéramos visto todos los días que no nos vimos.

Mientras mateamos te cuento un poco del viaje. Te cuento lo de João y todo lo demás. Vos te reís diciendo que soy un chico muy lindo con mucha suerte.

Es verdad, es así. Tengo mucha suerte, además de por todo eso, mirá, en medio de un mundo gigantesco y absurdo, te encontré mientras me refrescaba los pies en el Río Mendoza.

Después abrimos otro vino y fumamos uno mientras miramos el cielo y hablamos de todo. De viajes, de literatura, de mis dibujos, de algunos amigos, del cielo, de las estrellas, de lo puro y leve del aire a esa altura y me contás más de vos. De lo que estuviste haciendo, de tus amores intensos, de los esporádicos, de los que no fueron.

Al rato armamos la carpa en un rinconcito que encontramos y me paso el resto de la noche perdido entre tu cuerpo y tu piel saciando mi sed de vos acumulada por mil días o mil eternidades.

Vos también tenías sed de mí.

Nosotros y nuestra sed.

Lenguas.

Bocas.

Manos.

Nucas.

Sonidos.

Seres de fuego que se agitan con furia en torbellinos descontrolados. El mundo se incendia, somos el combustible del motor del mundo. Somos la razón de sus giros en el espacio. Somos nosotros inundados de sexo, de humedad y de lujuria, los que le damos sentido al existir, al ser, a las palpitaciones de todo lo que vi-

ve sobre el planeta, a que las galaxias no se choquen, a que el universo se mantenga en su caos constante y sus agujeros negros devoren y no, al todo. Nosotros dos en una carpita al pie de la Cordillera de los Andes somos el secreto puro de la creación. Todo es caos, todo es furia, todo es brillante, todo es explosivamente bello y demencial.

## XIV

Sale el sol.

Somos difusos seres que retornan de la vaguedad del reino de los sueños. La tierra seca y pedregosa recibe nuestros cuerpos. Volvemos a ser mensurables.

Ahora tenemos contornos.

Te veo abrir los ojos, ponerte la ropa y salir de la carpa. Te escucho vertiendo agua e imagino que te estarás lavando la cara o los dientes o las dos cosas. Escucho verter más agua e imagino que estás llenando la pava para hacer el mate.



Me levanto sin remera y te me tirás encima. Siento tu boca en mi pecho. Hace frío, sopla un viento bastante helado y estoy feliz. Me envuelvo en una frazada.

Tomamos mate al lado del fuego un rato largo mientras hablamos de la realidad que apesta y de nosotros que es como si surfeáramos sobre todo y por eso sobrevivimos. Aunque en realidad sabemos que sobrevivimos más que nada porque la suerte está de nuestro lado, como no estuvo con Santiago ese día que se encontró con gendarmería.

Que sí, que qué bueno que estamos vivos, que respiramos. Que vení, abrazame un cachito, ponete acá que el mundo se cae y nosotros dos así, como siempre, en nuestro costadito insano apechugándonos y resistiendo.

Y así nos quedamos un rato, hechos un bollo de a dos, tratando de que el éxtasis de estar juntos, de ser nosotros, de tener un cuerpo vivo, de sabernos la resistencia, no se diluya en el aire.

Después de desarmar todo nos subimos al auto. Ruta 40 rumbo al norte.

Caigo en mi silencio inhóspito. Miro por la ventanilla.

Soy de comienzos eternos. No me asusta ni el fracaso (concepto que escapa completamente a mi diccionario y a mi léxico habitual), ni las caídas. No me preocupan tampoco las tristezas ni la soledad ni el miedo. Me asusta de verdad no vivir o vivir mal o a medias.

Necesito mucho fuego, mucha furia, un vitalismo que me incendie.

Te miro manejando. El paisaje y las montañas me recuerdan un viaje al Sur un verano una vez que anduvimos juntos un tiempo y después cada uno se fue por su lado, antes de reencontrarnos otra vez y terminar en Brasil.

Fue una buena época. Lagos, bosques, ríos, montañas, ferias, amigos. Mucho sexo en una carpita diminuta de alta montaña que me compré con el salario que gané por trabajar haciendo encuestas antes de no sé qué elección, el último año que viví en Buenos Aires.

Fue el año que me fui. Que le pegué una patada en el orto a todo lo que conocía hasta ese momento y agarré la ruta rumbo a donde se me diera la gana.

En enero, a principios de un enero. Anduve por Argentina, por mil lugares, trabajando de lo que sea. Por pueblitos de la Provincia de Buenos Aires, después por Córdoba en varios lados, en diversas casas y por las sierras. Después me fui al Sur como en octubre.

Bajé en Esquel del micro y me fui metiendo de lago en lago. Un poco haciendo dedo, un poco caminando. Antes de las fiestas llegué a Puelo.

Nos vimos por ahí y después de un rato estábamos en

mi carpa sin ropa. Pasamos unos meses alucinantes juntos y después cada uno agarró un camino distinto y nos despedimos con besos y mordiscos hermosos. Mucho alcohol, mucho sexo, mucho todo.

Verte manejando, el pelo que se vuela por la ventanilla, la música de alguien que no conozco que suena al palo, una birrita helada en la mano. No podría ser mejor.

- Son Los Espíritus - me decís, adivinando mi ignorancia musical.

No sé dónde vamos, no sé cuánto durará, no sé cuán heridos terminemos esta vez, pero acá estamos para jugarnos la vida una vuelta más. Para que vivir gape.

Estamos enfermos, me dijiste esa vez y es cierto, pero quiero esta enfermedad conmigo. Quiero desangrarme a veces con vos. Es parte de mí. Es lo que necesito

para tener equilibrio, mi equilibrio está en los extremos y vos sos todos los extremos.

Al final no paramos en San Juan, seguimos directo. La ruta está impresionante. Me gusta andar en cuatro ruedas mirando el paisaje por la ventanilla. Todo brilla en tonos extasiantes.

Los paisajes rojizos por estos lugares se zarpan. Son increíbles. Es tan amplio el aire, tan limpio, tan libre huele el viento. Los espacios verdes que son oasis en la aridez tienen un color que no se ve en otras partes. Los tonos de los contrastes son hermosos.

Paramos un rato ya a la tarde en una estación de servicio y compramos provisiones.

Y la tarde cae y nosotros ahí. El mundo y nosotros. El cielo y nosotros. Los paisajes infinitos recortados por la precordillera Riojana, y nosotros. Una ruta enorme y hermosa y nosotros dos con *nuestros cuatro ojos*

*asombrados* repletos de historias y aun sin que la sorpresa de vivir ni de viajar decaiga, ni de cazar historias ni de retratar paisajes.

Saco el cuaderno y me pongo a dibujar arriba del capot mientras vos acomodás las compras en el auto.

- Estoy cansada. ¿Te parece que pasemos la noche acá?

- Dale, voy a hablar adentro a ver si podemos armar la carpa ahí atrás, en el monte, y ver si hay duchas.

Me atiende un señor con cara de perro bull dog pero cuando abre la boca y me habla con ese canto riojano y me dice que sí a todo lo que le pregunto, vuelvo a darme cuenta lo poco que creo en la humanidad y lo grande de mis prejuicios.

Agradezco y vuelvo al auto.

Armamos campamento en un costado atrás del terreno y vamos a darnos un baño calentito.

Armamos un fueguito con unas ramas de arbustos,

comemos aceitunas negras con queso y tomamos vino tinto.

En medio de la cena y la charla aparece un colectivo tan destartado que no se entiende como se mantiene en pie. Suena una música que no identifico y bajan dos mujeres con polleras largas, una amarilla, la otra naranja. Atrás baja un perro negro, un chico de unos diecisiete o dieciocho años con ropa deportiva y un hombre de unos cuarenta, medio pelado y con una orgullosa panza cervecera. No apagan la música ni las luces.

Enfilan directo para la estación de servicio y desaparecen de nuestra vista.

Nos miramos y ponemos cara de qué loco todo, y seguimos devorando aceitunas con ajito cortado chiquito.

Al rato aparecen todos otra vez pero cuando están por subir al vehículo, nos miran, cuchichean algo y

vienen en dirección a nosotros.

- ¿Podemos usar un poco de su fuego así no armamos otro? Estuvimos manejando todo el día y estamos muy cansados. Es sólo para asar una carne – Nos dice una de las mujeres mientras el resto de la comitiva espera junta y en segundo plano.

Los planos. Nosotros en nuestro pequeño hueco del mundo y el fuego en su pozo reducido de tierra. Más allá, los personajes que acaban de aparecer con sus figuras delineadas por la luz amarillenta que sale de la estación de servicio. Después, la ruta con sus sonidos de motores veloces, sus luces esporádicas y su tierra nivelada. El horizonte de cerros y cardones que se recorta en el infinito y las estrellas que encierran el planeta en su seno. Cuántos planos pueden superponerse a una vista atenta. No se nos escapa ninguno, todos ellos componen nuestra ensoñación permanente. Lo realmente relevante es la profundidad. Cada plano, cada pequeña porción de territorio, es porta-



dora de sus propios significados y devenires. Nos toca navegar entre todos ellos y apropiarnos de sus maravillas.

- Claro que sí –contestamos nosotros casi al unísono.

- Muchas gracias chicos. Pedro, andá a buscar la Parrillita y la carne que está en la heladerita. Vos, Manuel, traete el pan y el vino y unos vasos – dice la mujer de la pollera amarilla.

Dejamos nuestras cosas y junto con la mujer de pollera naranja, que es la hermana de la de pollera amarilla, salimos a buscar más ramas y troncos más gruesos para ampliar el fogón.

Al rato ya todo estaba encaminado y la ronda creció considerablemente. El perro negro se echa a un costado y duerme en paz.

Nuestro vino ya había pasado a la historia así que tomamos del que nos ofrecen nuestros visitantes.

Son de San Juan, habían ido a la mañana temprano hasta la cárcel de Catamarca y estaban volviendo ahora. Pedro, el cuarentón de la panza cervecera, había sido liberado hoy después de no sé cuánto tiempo de estar en cana, y volvían a su casa.

Estaban todos contentos. Paraban para comer y seguían camino. Les parecía un programa de lo más copado hacer un asadito al costado de la ruta bajo las estrellas riojanas.

Después del tercer litro de vino estaban más contentos todavía. Y nosotros también. Nos reímos mucho escuchando las anécdotas de Pedro. Resulta que además había estado estudiando Trabajo Social y tenía grandes proyectos para el futuro.

Nos habló de lo que pensaba hacer en su barrio, que su hijo Manuel lo iba a ayudar. Proyectos con jóvenes, deportes y arte. Y así siguió la noche entre anécdotas, grandes planes y cómo hacer para cambiar este mundo de mierda.

Mientras tanto, comimos y bebimos, la noche era hermosa y el futuro incierto pero de todos nosotros, a fuerza de combate cotidiano contra la maraña mundana de la opresión y el aburrimiento.

No sé si son gitanos pero a nosotros así nos lo parece, con lo que así los bautizamos para en el futuro referirnos a esa noche: la noche de los gitanos.

## XV

Valles. Dientes feroces de la boca del mundo que se llaman cerros. Andes. Cielos limpios. Aire fresco, leve. Auto. Ruta, caminos. Ríos pequeños que se escabullen cantarines entre piedras y tierras arcillosas. Ríos secos que recuerdan una matriz estéril. Ríos con hilos de agua desahuciados. Ríos con caudales enormes y con furia rugiente que recuerdan el canto desesperado de la tierra, el vitalismo primero, el innato, antes que se apodere de los cuerpos la sensación falsamente serena de la nada, del pesado arrastrar de días. De cuando vivir era hermoso para todos los mortales,

explosivo en colores y en sensorialidades. En sonidos y en cantos.

Sí, hubo un momento de la historia humana donde vivir era más que contar desgranarse segundo a segundo el tiempo del reloj de una habitación oscura. Había un significado primero. Vivir, estar vivo, tener sangre galopante por unas venas azules e hinchadas. Hubo un día en que lo vital, lo sublimemente vital, fue la fuerza motora de todos los actos. No la comodidad, no la seguridad, no la pequeña subsistencia. No, la VIDA.

Hubo un momento así. Lo sé. No sé cuándo, no sé qué pasó después o cómo eso fue absorbido por la estupidez cotidiana. Pero como sea, en algún momento, en algún microsegundo al menos, ocurrió. Y en ese instante de lujuria total de lucidez, algo de todo esto, tuvo sentido.

“La siempre presente y angustiosa banalidad del mal. Ellos, los nada, con sus cerebros pequeños y medio-

eres, reinan. Nosotros, enardecidos de furia y belleza, resistimos”.

Recordé una de tus frases del cuaderno.

Hay veces que se rompen las palabras, que estallan los significados. Hay veces que además de las palabras, se rompen los cuerpos.

Hubo un cadáver flotando en el Río Chubut. Ese cuerpo era de Santiago Maldonado.

Los afiches que había visto pegados por todas partes desde que llegué y que preguntaban por su paradero, ya tenían respuesta. Santiago Maldonado está muerto.

La gente sigue por ahí, los camiones avanzan y nos pasan en la Ruta 40, nosotros miramos por la ventanilla mientras el idiota de la radio anuncia las noticias mañaneras.

El clima, la bolsa, las encuestas, las futuras elecciones, un muerto, la modelo que no sé qué, el futbolista que

no sé cuánto, un muerto a manos de las fuerzas represivas del Estado, la mediática que tuvo sexo con no sé quién, el conductor que tendrá un hijo no sé cómo, un muerto que a nadie le importa, la candidata que dice cualquier estupidez, el funcionario que da una nota, el reportaje a quien adopto tres perritos, un muerto flotando en un río helado que es Santiago Maldonado.

Recuerdo otra vez el texto tuyo que leí antes de encontrarte y que habla de ríos y de cuerpos arrojados desde aviones. ¿Cuántos ríos tiene este país llenos de cadáveres? ¿Desde cuándo las aguas se tornaron cementerios de los masacrados por el Estado Nacional Argentino?

Nosotros seguimos ahí, en un auto destartado y casi no nos podemos mirar. Avanzamos por la ruta y no nos podemos mirar. La tierra y el polvo vuelan y se cuevan por las ventanillas abiertas y nosotros dos tenemos una pena tan honda que lagrimeamos, cada

uno con los ojos fijos en alguna nada vacía donde solo se distingue el dolor y la pena.

Un dolor agudo por una humanidad estúpida, boba, mediocre, patética.

Sabemos el lugar que nos toca en el mundo. No es el del poder ni el del mero transcurrir. Es el lugar de la resistencia.

Resistimos. Es lo que hacemos.

Resistimos cada uno desde su pequeño lugar. Desde el arte y desde la vida. Vivimos como se nos da la gana y ésa es también nuestra resistencia. Hacer carne lo que la obra es pero no solo la obra; también lo es el vivir, nuestro vivir.



## XVI

Pensaba qué pasaría después, una vez que cada uno agarre un camino distinto.

Sé que tenemos ese imán que hace que nos encontremos cada tanto en cualquier parte pero igual no puedo evitar el pensamiento recurrente de saber que un día vamos a morir y puede ser que estemos lejos y que ya no te encuentre.

Sé que es así. Sé que la vida es finitud y caos, que hay que beberla de a grandes sorbos porque es imposible saber qué pasará al instante siguiente. Sé todo eso.

Estás ahí al lado y manejas mientras escuchamos música y tomamos cerveza y el viento entra por las ventanas.

Nosotros dos. Los solos. Los sin familia. Los trashumantes.

¿Y si un día ya no? ¿Y si ya no hay regreso ni reencuentro ni nada? ¿Y si esta soledad se hace más sola, más intensa, más sin remedio?

¿Si algún día pierdo el norte y ya no te encuentro?

No sé qué pensás pero también estás seria y mirás hacia adelante con los ojos más húmedos de lo habitual y la sonrisa de costado medio triste o medio con esa cosa que tenemos que es algo así como una resignación que no es resignación sino una pena primera, por la vida en sí, por la finitud, una desolación bastante honda.

Espero que esta no sea nuestra última vez pero sé que alguna vez será y eso de por sí ya me es suficiente

para que el hueco del pecho reaparezca y duela y ahogue.

En Catamarca nos desviamos un poco del camino y pasamos unos días acampando al costado de un río. Hay unas plantas espinosas y una vista increíblemente verde y rojiza.

Ahí me rearmo un poco y pienso que por ahí no, que por ahí envejecamos hermosos y furiosos y seamos unos ancianitos quilomberos y desquiciados, danzando temerariamente en algunas cornisas. Y si morimos de viejos se me calma un poco el alma y ya no me da pena morir ni que te mueras. Lo que no quiero es que me dejes en este mundo solo y con muchos años por delante.

No importa si nos vemos o no, pero no me dejes solo en este mundo. Saber que existís en él me calma, me equilibra, me permite andar cada paso.

Cae la tarde, casi no queda un rayo de sol en el cielo. Abrimos un vino y metemos los pies en el agua. Escucho tus historias atentamente porque me divierte y excita tu manera de describir las cosas.

- Bueno, así veníamos con este pibe que te conté el otro día, Santi. Ya hacía un tiempo que nos veníamos viendo y medio que salíamos allá en San Marcos. La cuestión es que un día arranco para Córdoba capital porque tenía que ver unas cosas, entre otras, el tema del libro, y me lo encuentro en el centro. Él venía porque la familia de su viejo tenía una casa que tenía cada tanto que ir a cuidar. A mí me vino buenísimo porque cuando me lo crucé no sabía bien dónde iba a pasar la noche así que al toque le pregunté si podía quedarme con él. Que claro que sí, ningún problema dijo. Así que resolví mis cosas y nos fuimos a la casa. Yo manejaba por la ciudad como si la conociera de toda la vida pero en realidad no tenía ni idea de dónde estábamos yendo.

- Cuando llegamos resultó que era bruta casa, con pileta y todo eso, alto jardín, un montón de cuartos, un living gigante, sillones señoriales... Bueno, todo así, súper de guita. Me resultó extraño porque Santi no parecía así, es un pibe común. -Me doy cuenta que no soy el único que anda por la vida lleno de prejuicios y me alegra que a vos te pase lo mismo.

- Elegimos un cuarto para dormir y dejamos ahí nuestras cosas - seguís -. Me cuenta que esa casa es de su viejo pero que en realidad es de la mina que se casó con su viejo hace unos años así que para él nada de lo que vemos tienen ninguna reminiscencia a nada, nada le da nostalgia, nada le recuerda a algo perdido - seguís con tu historia. Santi en eso no se parece en nada a nosotros que cada vez que tenemos que tocar algo de nuestras familias lo sufrimos como si fuera una llaga abierta y que nos destroza en mil pedazos.

- Nos sacamos la ropa y nos metemos en la pileta. No

hacia calor pero me daba la sensación un poco de Los Edukadores y no me quería perder la oportunidad de la zambullida. Nadamos un poco, salimos y nos damos una ducha de agua caliente en un baño increíble con azulejos gris plomo. Sexo en la ducha, muy top.

- Después encaramos la bodega. Tomamos unos vinos. Claro, me agarro un pedo maravilloso con esos vinos riquísimos que hay en la bodega y que nosotros tomamos como si valieran dos pesos y los acabáramos de comprar en el chino. Me pongo a bailar sola sobre la mesa de la cocina en remera y bombacha la canción de Elvis, *because i love you too much baby* mientras Santi se va a hacer no sé qué. En eso llega alguien pero yo no escucho porque estoy con la música al palo bailando con los ojos cerrados. Cuando los abro tengo a un chabón parado a dos metros míos mirándome con sonrisita sospechosa en labios de boquita torcida.

- ¿Y vos quien vendrías a ser?- decís vos que dice el

pibe.- Soy Azul, le contesto, vine con Santi. Y ni atino a buscarme el pantalón ni nada, me quedo un segundo más y después me siento en la mesa mientras el flaco deja un bolso en el piso y me dice que se llama Ezequiel y que es el hijo de la mujer del padre de Santi y que acaba de llegar a Córdoba. Pensaba pasar ahí la noche pero no contaba con encontrar a nadie.

- Santi me dijo que a veces cuida la casa y se queda un par de días, le digo. Yo me voy mañana a la mañana. Que sí, que no hay problema que todo bien, me dice. Santi no vuelve y yo ya no sabía que decirle así que le pregunto si tiene hambre y como dice que sí, busco cosas en la alacena y me pongo a cocinar unos fideos con tuco para disimular la borrachera y caretearla con el desconocido. Pero claro, ni me acuerdo de ponerme el pantalón y sigo de lo más contenta en bombacha. Cualquiera.

- Al rato vuelve Santi que había ido a ver los regadores del pasto y algo más que no entendí de los caseros

y me encuentra cocinando y a Ezequiel buscando algo de música. Se saludan, se abrazan y me mira con cara de *boluda, ponete alago*. Al toque entiendo y voy por mi jean disculpándome con el chabón por mi falta de tacto. El pibe se ríe con la mueca de costado. Ahí me doy cuenta que el flaco está buenísimo y que mejor hubiera sido no ponerme nada, más bien sacarme lo que me sobraba. Pero bueno, invoqué a las buenas costumbres y me vestí nomás.

- En el medio de todo eso y de servir los fideos, ponerles tuco, servir más vino y todo lo demás, ellos charlan y se ve que se llevan bien de bien y entonces yo me empiezo a preguntar por qué me gustan algunos hombres en especial. Descubro que el denominador común entre casi todos es la mirada maldita. Sí, gran revelación del momento. Una mirada que desborda de deseo y que al mismo tiempo es un poco cínica, un poco impúdica, un poco perversa.

- Los miro mejor y veo que los dos tienen esa mirada.



Hablan entre ellos pero sin excluirme, todo el tiempo buscan que yo reafirme o me ría o participe de su conversación trivial pero apasionada sobre no sé qué cosa. Y yo hago todo eso pero mi cabeza está en otro lado y es específicamente en cómo piensa la noche seguir inmaculada con nosotros tres en esa casa.

- Ezequiel lava los platos, cuando termina Santi se prende uno y nos sentamos en el jardín a mirar las estrellas y a charlar de la vida primero y en silencio meditabundo después. Pasa un rato largo, una o dos horas así, medio tranquilo porque todos tenemos la cabeza que nos estalla en colores así que nos quedamos ahí, echados en el pasto reposando nuestros cuerpos en la tierra fresca mientras nuestras mentes se dejan ir tras pensamientos inconexos.

- En eso siento que alguien me acaricia el pelo. Estoy medio en trance así que disfruto del mimo sin importarme quien es el dueño de la mano. Imagino que puede ser cualquiera de los dos pero no abro los ojos

ni me doy vuelta, me dejo, me gusta. Después siento un beso húmedo, ahí sí que sé que es una boca nueva, sigo sin abrir los ojos. La mano de quien me acaricia el pelo es otra mano, no es del mismo que besa. Bien, somos tres, qué buen número.

- Todo es suave y hermoso, ellos también se besan y se acarician. No parece que sea la primera vez así que lo disfruto más, soy la invitada de un banquete que se sirve a veces.

- Dura mucho, no sé cuánto pero mucho ¿horas? Ni idea, en mi cabeza fue hedónico, lento, pausado, dulce hasta la saciedad de toda la sed de los sentidos. Tres días estuvimos así, prácticamente sin vestirnos, envueltos en esa ensoñación casi lisérgica fuera del mundo.

Te estirás como una gata y mirás el cielo como te gusta hacer.

Cómo me gusta oírte hablar e imaginarte en esa si-

tuación que describís reviviendo palmo a palmo cada instante. Y es como si yo pudiera estar ahí y revivirlo con vos y saciar también la sed de mis sentidos a través de tu relato.

Me acuesto con la cabeza sobre tus piernas y me quedo un rato así, como acurrucado en el regazo del placer, donde lo sensorial danza, se expande y se sacia.

## XVII

- Hay una realidad y es que no tengo control sobre mí – así empezás y no sé dónde esto termina. Me quedo tirado en el piso con la cabeza apoyada en la mano derecha, una espiga de pasto en la boca, mirándote fijamente y te escucho seguir. El sol de la mañana tardía empieza a avanzar.

- A veces está bien, lo disfruto, me lleva lejos, voy. Pero otras, la mayoría, me temo. Por eso en algunos momentos me ato, me encadeno mentalmente a determinada ancla como para no perder el camino de

vuelta. Pero no me tengo, mi mente, mi cuerpo y mi voluntad, hacen lo que se les da la gana. No tengo control sobre mí. Por eso vivo tan aterrada de lo que pueda llegar a hacer.

- Hace poco tiempo descubrí por azar – seguíis –, que en general lo mismo que le da grandeza a una personalidad es lo que le provoca el barranco.

- Por ejemplo, la misma ansia perfeccionista de un artista puede provocar obras maravillosas o que nunca se concluyan o que nunca se expongan. La misma capacidad de entrar en trance con la música en el compositor es la que puede provocar que nunca se finalice la pieza.

- Entonces me di cuenta que cada uno tiene una energía particular y que la personalidad oscila entre los extremos de esa misma energía. Yo soy violenta, furiosa. Tengo la misma intensidad de violencia creativa como destructiva. Me asusta porque no puede eliminarse una sin que caiga la otra indefectiblemente.

te. Lo único que puedo hacer es vivir en un forzado equilibrio entre las dos y que de todas formas es frágil y está siempre en peligro de caer.

- Un poco me hace pensar en las personas con problemas psiquiátricos que se niegan a tomar medicamentos. Debe ser verdad que el esquizofrénico deja de oír voces pero como contrapartida también debe dejar de oír su propia voz. Su voz debe ser la contracara de las voces. Ese debe ser su oscilar.

Después hay un silencio. Yo entiendo lo que te pasa porque me pasa un poco también. No somos tan distintos, por eso andamos juntos. Pero nunca había pensado eso de la energía particular que oscila entre dos polos.

Esa reflexión que a vos te parece un poco dolorosa porque caes en tus extremos con facilidad, me profundiza el pensamiento y la manera que tengo de ver y de hacer.

No digo nada, me quedo sentado en el pasto dejando que las ideas se refresquen y engrandezcan con esta nueva revelación.

## XVIII

*Dentro de unos minutos estaremos muertos otra vez. No sé con certeza cuánto. No puedo saberlo. Cada experiencia es distinta del todo a la anterior. Solo sé que no será la última, que quedan más. Y que cada vez en lugar de ser más fácil, de salir mejor, nos hundimos más y más.*

*No hay opción, igual no podemos dejar de hacerlo. Sumergirse en la helada agua oscura. Inmersión de todos los sentidos. No respirar más. Entregarse al vaivén del mundo, a su propio latido, a la respiración*



*universal.*

*Desintegrarse. Desarmarse. No seguir. Hundirse otra vez. No salvar nada. Dejarse arrastrar por la corriente subterránea. Dejarse morir. Que el cuerpo flote libre del ser en esa nada llena. En la oscuridad pacífica. Dejarse ir. No luchar más. Desaferrarse. No considerar ni reconsiderar. Solo dejarse ir.*

*Caigo. Otra vez. Caigo y me desintegro, me traga el silencio.*

*Soy tragado por el agua, por el líquido rugoso y tibio.*

*Siento ganas de correr. De levantarme y romper con todo.*

*Soy un torbellino, un huracán de fuerza desatada que consume todo lo que toca. Incendio lo que toco.*

*Me levanto y corro. Ahora ya no me traga el agua.*

*Ahora soy un incendio que nadie se anima a tocar. El que se acerca, arde.*

## XIX

Llegamos a Humahuaca después de haber atravesado los valles calchaquíes, Salta y parte de este Jujuy colorido. Venimos de dormir días y días desnudos dentro de la carpa, de bañarnos en ríos y de comer pan con queso y aceitunas y tomar vino tinto. Así que decidimos pagar un lugar para pasar la noche y hacer algo distinto.

Humahuaca y sus frentes de piedra o casas pintadas con cal.

Entramos a un lugar de reja negra y paredes anchas.

Pedimos un cuarto. Nos da una llave el señor bajito y risueño, y nos hace el tour interior. Pasamos por un patio ancho con una abultada parra que será nuestra sombra matutina donde chuparemos mate hasta hartarnos.

Una cama de madera, una mesita a cada costado, un acolchado de colores en tonalidades naranjas y amarillos, un tapiz entre el azul y el rosa colgado arriba de la cabecera, un baño chiquitito al costado izquierdo, una silla y una tabla amurada a la pared. Paredes blancas, claro.

Tiramos todo por ahí, nos damos un baño y salimos a por unas birras heladas.

Nos sentamos, botella en mano, en el murito de la plaza desde donde los turistas al mediodía contemplan el reloj para ver salir esa figura extraña con su recorrido puntual y circular.

A nosotros nos importa nada el santo y su bendición

metálica y metódica. Lo que no nos deja de deliciar el alma es la vista que se explaya a lo lejos en los atardeceres del noroeste y lo fino que es el aire en la altura. El olor a tierra dulce y la gente que nos saluda y nos cuenta cosas.

Vamos a comer a un bar porque ya es tarde para el mercado. Pedimos dos platos gigantes de papas fritas y seguimos tomando cerveza.

Calculamos que hay bastante turismo así que pensamos que tal vez al día siguiente podemos tratar de levantar una moneda vendiendo nuestras cosas.

Mientras tanto bebemos, escuchamos la música hermosa que toca una guitarra en algún lugar y sentimos el brillo del aire nocturno.

Volvemos zigzagueando hasta nuestro cuarto, satisfechos y borrachos. Nos enredamos sin ropa en una cama que cruje.

- Che Mati, decime, qué pensás de hacer unos dibujos y yo hago unos textos y hacemos un libro conjunto y por ahí podemos hacer una muestra o presentación en alguna parte.

- Que nos tenemos que apurar antes que me descartes por el camino si queremos empezar algo juntos y terminarlo.

- Dale, mejor rápido que nunca – decís y te reís. Te reís porque sabemos que es verdad pero que igual queremos hacer *algo juntos*.

Gran plan. Terminamos de matear bajo la parra y empezamos a manejar cómo hacer las cosas.

En principio decidimos salir a vender ese día por ahí y después ver dónde pasar la noche. Y durante la tarde empezar a producir con eso en la cabeza.

Yo vendo algunos libritos, vos vendés también tus cosas. Buena jornada de cosecha.

En eso estamos sentados por ahí y se acerca una gente

y entre una cosa y otra nos invitan a pasar la noche a una casa que hay por ahí, subiendo un poco por esa calle y después agarrando un camino a la derecha, que está liberada y con muchos cuartos y mucha gente.

Claro que vamos.

Es una casa de piedra. Una casa baja con un muro que la rodea y que se extiende hasta la entrada de aproximadamente un metro y que guarda un jardín de cardones y tierra seca. Un jardín poco fértil, a primera vista, pero que se ha poblado de pequeños duendes de cerámica en las más variadas posturas y con las más exóticas vestimentas de colores.

La escultora que vive ahí junto con el pintor de pelo largo y blanco, una morocha de ojos negríssimos, es de esas que encuentran seres mitológicos o elementales en cualquier parte y le rinden tributo artístico con materiales nobles.

Así, además de tener en el jardín un montón de duendes, adentro de la casa, por los pasillos o subidos a las ventanas, tiene ninfas, sirenas, y demás espíritus materializados que no sabría definir ni precisar. Muchos hechos también en arcilla y otros también con metales, o con pedazos de troncos y hojas. Ninguno de ellos mide más de un metro y algunos llegan a tener un tamaño de unos diez centímetros.

Cada rinconcito, por más olvidado que parezca, está habitado por uno de ellos.

La casa es un rejunte de viajeros de las más diversas procedencias. Tiene unos diez cuartos con camas y colchones en el piso y bolsas de dormir y mochilas desparramadas por todas partes. De un cuarto a otro se va por pasillos pequeños, casi todos medio curvos y de paredes igual de blancas y techos bajos. En algunas de las paredes han hecho huecos intencionales para dar albergue a duendes de bocas abiertas como en un grito o a sirenas de pelos largos y ojos perdidos.

Afuera, al lado de la puerta, hay una manguera donde algunos juegan a mojarse y chapotean en el lodo.

Cuando llegamos saludamos en la entrada y somos correspondidos como muchos holas. Después nos invitan a pasar y nos hacen la recorrida para iniciantes, nos muestran un cuarto donde podemos quedarnos y después el guía desaparece. El guía es un chico rubio que debe ser de alguna parte de Europa y habla un castellano muy malo que se podía disimular bajo su aspecto salvaje y bello, y que al parecer también duerme en ese mismo cuarto.

A los dueños de la casa no los conocemos hasta la noche, cuando comemos todos juntos sentados en el jardín poblado de criaturas diminutas, cada uno sentado sobre una roca, sobre el suelo o sobre alguna banqueta que pudo capturar por ahí o donde fuera.

La comida la hicimos entre todos en una cocina con



paredes de botellas de los más diversos colores, lo cual permitía que la luz de la tarde se cuele cálida y suave.

Yo preparé al lado tuyo una ensalada de todas las verduras que pude encontrar a la que le sumé aceitunas negras con ajo y queso cortado en cubitos. Muchas especias que saqué de una lata que había en la despensa, aceite de oliva y limón.

Vos te mandaste unos chapatis con semillas que no podían más.

Hay vino, cerveza y fernet para todo el mundo y la cena dura horas y horas.

Y después nos quedamos fumando, bebiendo y conversando con personajes provenientes de los más variados sitios del globo mientras una luna redonda arde en el cielo jujeño y el aire es fresco y perfumado.

Miro tu pollera que ondula entre la gente. Te veo deslizarte de un lado al otro, te escucho la risa que

sobresale al murmullo. Sé que estás haciendo toda tu performance de seducción. Me alegra la vida estar ahí para contemplarlo. Sé que un poco de la diversión se basa en que yo esté ahí como espectador y se me hincha el pecho.

A veces pasás y me encajás unos besos y después te alejás otra vez a jugar ese juego que tanto te divierte. Que tanto nos divierte.

Yo hablo un poco con todo el mundo y con nadie en particular. La noche está calma y prefiero que siga así. No me quiero enredar en nadie ni quiero que nadie se enrede en mí. Quiero seguir ahí afuera respirando la liviandad del aire hasta el amanecer y escuchando esa música que sale de algún lugar y que me deja en un estado muy febril.

Vos pasás con un sujeto agarrado de la mano, me das un beso y me estirás la otra mano para que los acompañe. Yo te la agarro, te la beso y te deseo buenas noches. No quiero entrar. Me gusta mucho esa noche de

luna y estrellas.

Te vas zigzagueando con el chico y yo me quedo con la mirada perdida en la inmensa nada, alegre, feliz, en paz.

Cuando asoman los primeros rayos del día entro a la casa y busco mi bolsa de dormir para tirarme por ahí. Veo que te hiciste de un colchón y que estás sola en tu bolsa de dormir, así que te corro suavemente para un costado y me acuesto al lado.

Unas horas más tarde empiezan los ruidos de la gente despertándose así que me levanto también a encarar la vida.

Salimos a la calle después de matear un rato. Necesitamos levantar una moneda así que vamos a por ella.

## XX

Hay por lo menos dos Humahuacas, así como hay por lo menos dos o tres Jujuy y no sé cuántas Argentinas.

Dentro de los vernáculos la separación es casi de castas entre los dueños de la tierra y los desheredados de todo, menos de su fuerza de trabajo, claro.

Y por otro lado los turistas, fuente inagotable de ingresos para nosotros los viajeros y también para los locales.

Así que al mediodía vamos a la plaza y mientras los turistas miran al santo, nosotros pasamos con nuestra

mercadería ofreciendo. Algo vendemos. Siempre algo vendemos.

Después nos vamos al mercado, compramos comida y nos sentamos por ahí a ver qué pinta.

Pasamos días en esa casa donde empezamos a trabajar más seriamente en el tema del libro.

Una noche, no sé cómo, termino en la cama de la escultora. Cuando salgo del cuarto te veo mirándome con una risita tan maligna que prefiero ni preguntar cómo llegué ahí.

Habíamos tomado un brebaje de no sé qué cosa y bueno, así las cosas.

Esa fue nuestra última mañana en la casa, al pintor no le gusta que ella pasee por las camas de otros hombres.

Agarramos el auto y partimos. Pudrirla era el empujón que necesitábamos para volver al camino, sino,

quién sabe, nos quedábamos ahí para siempre.

## XXI

*Llegó el momento en el que el pecho me explotó. No sé qué hacer, me siento completamente hundido en un mar de aguas densas y quietas.*

*El agua me entra por la nariz y no puedo evitarlo. Tampoco puedo moverme. Todas mis cavidades están inundadas por esa mezcla líquida.*

*Dejo de ver. No entiendo los pormenores.*

*Necesito desentrañarme pero todo es esa mezcla informe que me lleva a cualquier parte.*

*Tengo un vitalismo que explota y una ventana al*

*mundo dentro de mis ojos de dragón encendido.*

*El destino me lleva de la mano como una madre hacendosa lleva a su niño pequeño a la escuela. Yo voy, voy.*

*Me deslizo.*

*No hay nada que pueda hacer. Soy un ser inundado que el destino lleva por donde se le da la gana.*

*Levanto mis huesos oxidados y voy.*



## XXII

No creo en los sistemas. No existe orden, sólo caos.

Algún día también nos enteramos de que han asesinado por la espalda a Rafael Nahuel. Y entendemos cada vez más la lucha del pueblo Mapuche. No vemos carteles con su cara por ninguna parte. No hizo falta buscarlo, lo mataron a quemarropa y listo, a nadie le importó.

Otro día, ya más lejos, por La Quiaca, vemos en alguna tele de algún bar las represiones de este diciembre del 2017.

A veces la radio del auto nos cuenta algo. A veces miramos las redes sociales. A veces lloramos intercaladamente, puteamos, analizamos la situación, pensamos políticamente, le damos vueltas y más vueltas en nuestras cabezas, miramos por las ventanillas los paisajes hermosos, seguimos rodando por estas rutas, leemos un diario, tratamos de conectar con gente, nos volvemos locos, no podemos creerlo, nos abrazamos, volvemos a llorar con las imágenes, vemos a quienes disfrutaban de esto, a los xenófobos, a los idiotas; vemos la maldad en sus gestos de piedra. Los políticos, las fuerzas represivas de un estado decadente, las caras de goce al balear, al reprimir.

Nosotros y un mundo que se hunde.

Aire, cerros, cardones, colores, atardeceres que explotan de sol, noches en que las estrellas te engullen, ríos que bajan rugiendo, cuevas con ecos, cielos. La vida que no deja de expandirse con una fuerza imparable.

Y hay vida. A pesar de tanta muerte y dolor, hay vida. Hay una vida con la que estos señores de mierda nunca van a poder.

Cruzamos a Villasón. Seguimos andando.

Nosotros los sensuales. Los que no creemos que vivir sea un trámite entre la cuna y el sepulcro con días que se amontonan como papelitos leves y fútiles.

Un autito que se cae a pedazos saliendo de un país que se cae a pedazos con dos personas que tratan de mantenerse enteras. Enteras y vibrantes; libres, encendidas, ardientes, vitales.

30 de diciembre de 2017

Se terminó de imprimir en abril del 2018

En el taller de Ediciones Frenéticos Danzantes